

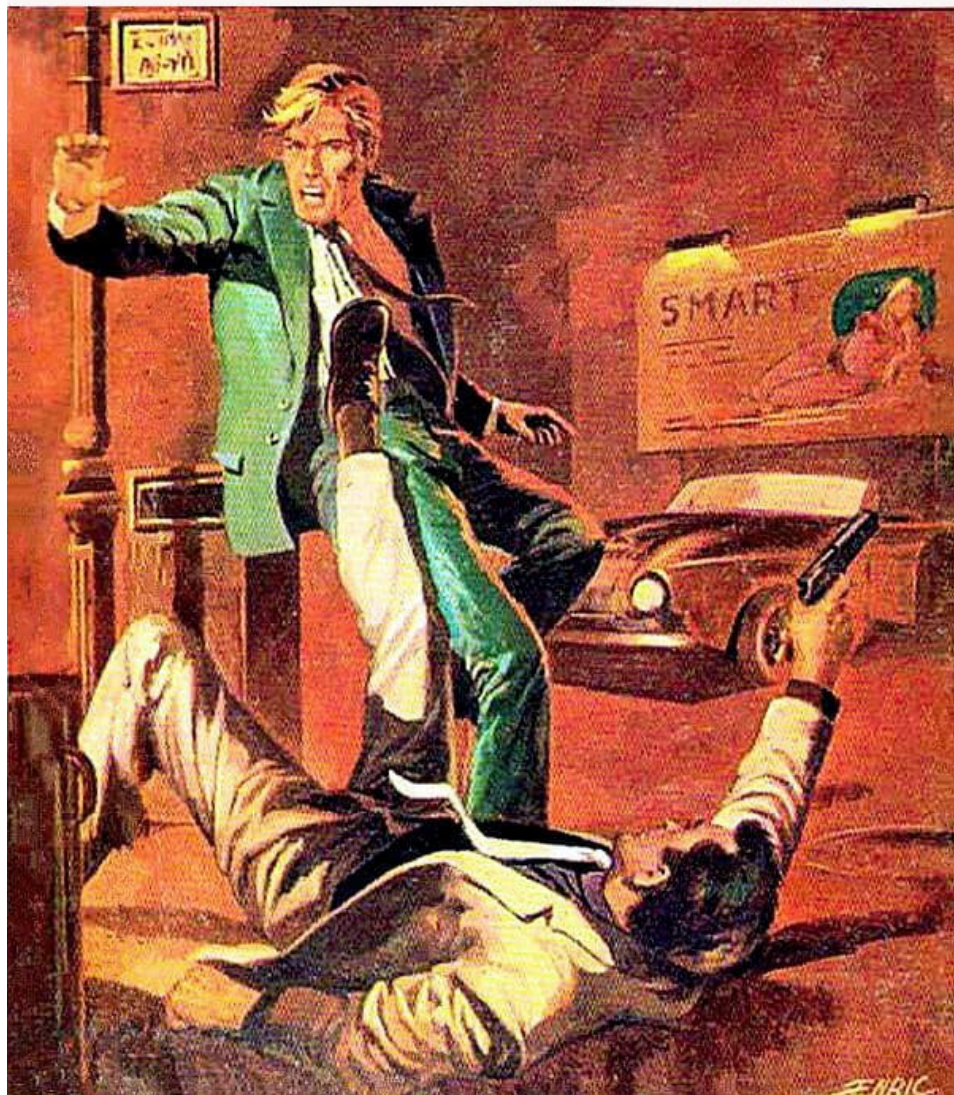
BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

cadáveres a go-go

RALPH BARBY



Stephen Warrone les había preparado una sorpresa. Estuvo pavoneando durante todo el día por la facultad de Medicina y sus amigos fruncían el ceño preguntándose qué habría tramado Warrone.

Stephen Warrone era un tipo alto, medía casi los dos metros y pesaba alrededor de cien kilos. Pese a ello, estaba decidido a ser médico. Sus manos eran gruesas y el bisturí desaparecía dentro de ellas.

Cualquiera de sus compañeros habría preferido acostarse con una serpiente de cascabel o verse debajo de un camión tráiler, cargado de cemento, que hallarse en una mesa de operaciones a merced de las manazas de Stephen.



Ralph Barby

Cadáveres a go-go

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1308

ePub r1.0

Lds 27.07.18

Título original: *Cadáveres a go-go*

Ralph Barby, 1975

Cubierta: Enrique Martín

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Stephen Warrone les había preparado una sorpresa. Estuvo pavoneando durante todo el día por la facultad de Medicina y sus amigos fruncían el ceño preguntándose qué habría tramado Warrone.

Stephen Warrone era un tipo alto, medía casi los dos metros y pesaba alrededor de cien kilos. Pese a ello, estaba decidido a ser médico. Sus manos eran gruesas y el bisturí desaparecía dentro de ellas.

Cualquiera de sus compañeros habría preferido acostarse con una serpiente de cascabel o verse debajo de un camión tráiler, cargado de cemento, que hallarse en una mesa de operaciones a merced de las manazas de Stephen.

Sin embargo, Stephen Warrone seguía empeñado en ser médico y lo curioso era que para la teórica resultaba un empollón de primer orden y no había manera de hacerle repetir curso pese a que era mirado de reojo por algunos médicos.

En cambio, otros le palmeaban la espalda, felicitándole. Stephen Warrone era rico, es decir, millonario en dólares.

Su padre era algo así como el Rey de las Hamburguesas. Poseía una factoría donde entraba carne de diversas clases y de las más variadas procedencias. Luego, en camiones frigoríficos, salían las hamburguesas dispuestas para ser repartidas no sólo en el Estado, sino por toda la nación.

Los *snacks* las compraban a millones y luego, según la categoría o especialidad del establecimiento, las aderezaban con cebolla o paprika, pero las hamburguesas arribaban en cajas de plástico con la etiqueta «WARRONE».

Warrone padre era el clásico norteamericano no americano y sí

nacionalizado que había llegado a la gran América con los bolsillos vueltos de revés.

Su primer sueldo había sido un billete de dos dólares. Le habían dicho que aquello le traería mala suerte, mas la maldición no se había cumplido y Warrone poseía una gran factoría y diversos almacenes de distribución.

Se había hecho millonario picando carne, aunque pocos querían saber qué clase de carne trituraba, pues aún pareciendo de buena calidad, hacía descuentos importantes a sus clientes y el nombre «Warrone» se había extendido por todo el país.

Warrone padre era italoamericano. Su nombre original debía de parecerse a Warrone, aunque no era precisamente idéntico y el emigrante había pensado, y no desacertadamente, que añadiéndole una «W» delante arreglaba un poco la palabra y quedaba mucho mejor.

Warrone, que podía distinguir una carne triturada de otra con mucha facilidad y sólo con olfatearla sabía si debía de ofrecer un buen descuento al que pretendía quedársela, se había sentido muy orgulloso cuando su hijo Stephen, al que jamás había llamado Stefano, le comunicó:

—Pa, quiero ser médico.

Warrone padre dio un abrazo tan fuerte a su hijo que, de no haberlo alimentado con tanta hamburguesa seleccionada, lo habría triturado entre sus brazos.

Pero Warrone *júnior*, desde que tenía catorce años, había llegado a los cien kilos de peso. Luego, por aquello de las chicas y gracias a los manotazos del entrenador de *rugby* de la facultad, había decidido rebajar algunos kilos, recuperando así algo de agilidad.

En el equipo servía como muro de contención. No corría mucho, pero cuando atrapaba a su enemigo, no se le escapaba.

Warrone padre se sentía tan orgulloso de su hijo que los caprichos que el joven estudiante le pedía, eran proporcionados *ipso facto*, no en vano tenía dólares para hacerlo.

Por ello, Stephen Warrone arribaba a la facultad en «Cadillac» mientras otros compañeros llegaban en autobús. Stephen Warrone semejava predestinado a ser un tipo todavía más rico que su padre, si es que los enfermos decidían ponerse en sus manos lo mismo que la nación entera había optado por consumir hamburguesas

«Warrone».

Glory Witside se sentía pequeña e insignificante frente al joven Stephen que vestía de *sport* y lucía el escudo de la facultad en oro y brillantes en su solapa y también bordado en el jersey. Estaba dispuesto a que se viera de lejos que era un futuro médico, aunque todavía no había decidido qué rama de la Medicina elegiría.

En la facultad se habían formado diversos grupitos con más o menos normas de amistad y Glory pertenecía al de Stephen Warrone, o lo que era lo mismo, Stephen Warrone formaba parte del grupo de Glory, al que también pertenecía Andrea, la hija del decano de la facultad.

Stephen Warrone había procurado hacerse amigo de Andrea y participar en su grupito, quería introducirse en la «alta sociedad» y eso era difícil. No tenía la clase que se le exigía, pero el dinero le había abierto las puertas.

Al caer la noche, con aire de suficiencia, semejando un cebado pavo real, Stephen aguardaba en su «Cadillac» blanco. El grupo de estudiantes subió a bordo del lujoso automóvil. Eran siete y no estaban apretujados debido a lo espacioso que resultaba el interior del coche.

—Chicos, mi padre me ha hecho un regalo, un regalo que no es cualquier cosa.

—¿Cuándo sabremos qué es? —inquirió Andrea.

Stephen bamboleó su enorme cabeza de cabellos negros ensortijados. Sus gruesos carrillos se distendieron.

—Pronto lo sabréis, pero recordad que debéis respetar el pacto de amistad. No contaréis a nadie lo que veáis.

—Uy, qué misterioso está Stephen —comentó Andrea.

Glory Witside, más menuda, con cabello azabache lacio y brillante, sonrió ligeramente. Sabía que Warrone podía sorprenderles con la cosa más insólita. Era caprichoso, ansiaba destacar y tenía dinero para ello.

Habían celebrado nimiedades en los mejores restaurantes, pagando Warrone. Habían realizado excursiones y fiestas singulares, mas en aquella ocasión, parecía dispuesto a sorprenderles con algo importante. No podía ser menos por la forma de comportarse del hijo del Rey de las Hamburguesas.

Se introdujo en un pequeño jardín y aparcó delante del *cottage*

que poseía junto a la playa.

La tarde era fría, desapacible. Los cristales del «Cadillac» estaban mojados y su blanca carrocería, tras rodar por la carretera, se había manchado con un ligero y oscuro barrillo.

—¡Vamos, todos adentro! —gritó como si fuera a atacar un pastel, preparado para ser consumido en una fiesta infantil.

Al llegar al porche, antes de abrir la puerta y ya protegidos por el voladizo de la marquesina de cemento, les dijo:

—Ante todo, os diré que aquí no hay nada ilegal, pero prefiero que se guarde el secreto, a lo peor alguien podría molestarse. ¿De acuerdo?

El grupo de seis compañeros se miraron entre sí, interrogándose. Al fin, con una burlona sonrisa en sus miradas, asintieron con la cabeza al nuevo rico.

—Pues, adentro.

Penetraron en el *cottage*, otro de los regalos de papá Warrone al hijo que prometía, al hijo que iba a ser todo un doctor en Medicina. Luego podría dirigir con mucho prestigio la factoría de carne triturada, aunque Warrone padre había fruncido el ceño cuando su hijo le había comunicado que posiblemente se especializaría en psiquiatría.

—«Bambino, por la Santa Madonna... ¿Tú psiquiatra?».

No, su padre no lo veía como psiquiatra y los pacientes psicópatas que pasaban por la facultad, acogiéndose a su gratuidad, tampoco lo miraban como a un psiquiatra.

Era obvio que Stephen podía dominar a un demente en pleno ataque de locura, no en vano había roto ya tres huesos en los partidos de *rugby*, pero ese trabajo también podía hacerlo un simple enfermero, reclutado entre boxeadores y luchadores de lucha libre fracasados. De eso a que el paciente le otorgara su confianza, mediaba un abismo.

Se cerró la puerta del *cottage* y Stephen dio vuelta a la llave en la cerradura por el interior de la vivienda.

Con aire de complicidad, les dijo:

—Es para que no nos molesten y no abráis ninguna ventana. Hay luz eléctrica suficiente para que podamos pasarlo *boom*.

CAPÍTULO II

El «Mercedes Benz» azul claro metalizado se introdujo en el *parking* frente a las oficinas de «Cárnicas Warrone». El automóvil de importación tenía todo el confort y la calidad exigible en el mejor de los automóviles. Dan Karther era exigente, especialmente con los coches y las mujeres.

—Si me identifican, perderé la amistad de mis compañeros de estudios —advirtió Glory Witside con un ligero temblor en sus labios.

—No temas, nadie sabe que estás aquí.

—Pueden verme.

—Los cristales que lleva el coche están polarizados y coloreados.

Para infundirle confianza, pulsó el botón del radio-cassette y sonó una música suave, de Mozart. Estiró un cajón de la guantera y aparecieron dos botellas y dos copas, pulcramente limpias.

—Toma algo y escucha música. Coloca los seguros desde dentro y sólo yo podré abrir el coche, nadie te verá.

—Eh, mira, aquél es Stephen Warrone.

—Vaya, el heredero del Rey de las Hamburguesas, y a fe mía que hace honor a la empresa. Debe de tomar más proteínas que una manada de tiburones.

—Sí, es algo grande.

—¿Sólo grande?

—Bueno, bruto también. En el campo de *rugby* asusta a los que le vienen por delante, pero no es mal muchacho. Tiene dinero y es muy ostentoso, quiere formar parte de la clase selecta de la sociedad y hace lo imposible para conseguirlo.

—Sí, por mucho que se posea, siempre hay algo por poseer.

Stephen Warrone montó en su «Cadillac» blanco, limpio y

bruñido, de brillantes niquelados, ocupando tanto espacio de asfalto que viéndolo, uno pensaba que por muchos callejones no podría pasar.

Maniobró hacia atrás con ostentación. Parecía que Stephen era grande y corpulento para que nadie dejara de verle, y si así ocurría en alguna ocasión, con aquel coche, como cáscara brillante encima, seguro que no pasaba desapercibido.

Al fin, salió por entre la gran puerta de acero inoxidable de la factoría.

—No temas, Glory, no te ha visto. Ahora, aguarda aquí y veré a Albert Warrone.

Tras dejar a la muchacha en el «Mercedes Benz», tuvo que franquear las barreras de un portero, dos conserjes y tres féminas recepcionistas. Al fin, se halló en un amplísimo antedespacho, frente a una despampanante secretaria que se movía sobre el mullido suelo enmoquetado en verde sin producir el más mínimo ruido.

Aquella secretaria no habría servido para modelo de alta costura por unos kilos de más, pero su fotografía, colocada a la entrada de cualquier club, habría conseguido que los hombres hicieran cola para entrar.

Por delante de sus inmensos ojos verdes, la secretaria abanicó el aire con sus enormes pestañas negras que contrastaban con el rubio platinado de sus cabellos.

Usaba *shorts* y sus piernas estaban tostaditas, con un suave color crema oscuro. El que las miraba se olvidaba de «Cárnicas Warrone» para pensar que había algo mucho mejor que comer hamburguesas.

La rubia se movió ligeramente. Tenía una forma muy especial de ondular las caderas, las piernas y el pecho. Sin duda alguna, la habría aprendido en el escenario de algún club nocturno, pues cada gesto rebosaba sensualidad.

Aquella chica podía ser poco eficiente mecanografiando o tomando notas taquigráficas, pero seguro que rompía las ideas y los planes de quienes acudían a la oficina dispuestos a regatear precios a Warrone.

—¿Y dice usted que es redactor del *Herald*?

—Eso es, preciosa.

—El señor Warrone está muy ocupado.

—Tengo un colega que anda muy preocupado por llenar la primera página de una revista a todo color. Busca a una chica que llame la atención, que haga que la revista se venda. Bueno, la fotografía sería algo fuerte, por supuesto... En fin, si el señor Warrone no puede verme ahora...

—¿Y cómo dice que se llama su amigo? —inquirió ella ondulando su cuerpo más que antes, sin poder disimular un vivo interés en sus ojos.

—Lo siento, tengo prisa. Si no puedo ver al señor Warrone ahora, debo de marcharme.

—Un momento, veré qué se puede hacer.

Se acercó al dictáfono y habló por él, notificando a su jefe la visita. Empleó dos o tres palabras nada usuales y Dan Karther dedujo que debían de ser una contraseña indicativa de que la visita podía tener interés.

La despampanante secretaria se sentó en el borde de la mesa de cristal y dijo:

—El señor Warrone dice que puede pasar.

Dan le dio unas palmaditas en el muslo y luego se enfrentó con la puerta acolchada en cuero que se abrió automáticamente, corriéndose a ambos lados.

El despacho era amplio, espacioso y de muy buen gusto para pensar que lo hubiera podido decorar personalmente su propietario.

Albert Warrone tenía un grueso cigarro entre los dientes. Su rostro era de batracio y cualquiera hubiera dicho que el actor Edward G. Robinson era un Apolo comparándolo con él.

Albert Warrone también debía de consumir abundancia de proteínas, patatas, garbanzos y mucho pan; sin olvidar las pastas de su tierra natal, bien aderezadas con mantequilla.

Incluso su cabello, pese a usar colonia cara, olía a fritos de cocina, posiblemente por frecuentar alguna trattoría.

Sus mejillas eran muy abultadas, algo caídas y con prominentes venas rojas que se marcaban en la piel como si fueran ríos en un mapa. Pesaría poco más o menos lo mismo que su hijo, pero el joven Warrone le llevaría de doce a quince pulgadas de estatura.

—Y bien, ¿qué quiere el *Herald* de mí?

—Estoy preparando un reportaje.

—¿Un reportaje? Yo no contrato publicidad en los periódicos,

hago mi publicidad directamente a los clientes, es decir, a los *snacks*. Tengo un buen equipo de vendedores y las hamburguesas Warrone se hacen publicidad por sí mismas.

—Oh, sí, claro. «Las tomas o las dejas y si las dejas, te quedas sin comer».

Albert Warrone, con sus ojos saltones, casi abisales, se lo quedó mirando fijamente. De pronto, estalló en una violenta carcajada. El cigarro bailó en su boca como un funámbulo a punto de caerse de la cuerda, mas no se cayó.

—Ése es un buen *slogan*. «Hamburguesas Warrone, las tomas o las dejas, y si las dejas, te quedas sin comer». Sí, señor, porque en los *snacks* y restaurantes sólo tienen mis hamburguesas y si no las quieres, te quedas sin comer. Es tan claro como el sol que luce.

—Lamento contradecirle, señor Warrone.

—¿Cómo?

—Es que hoy está nublado.

—Conque periodista, ¿eh? Se nota por el pico. Gasta una labia muy cuidada y refinada, pero a mí no me marea. He corrido mucho y sé de este país todo lo que hay que saber. Por cierto, ¿ha ganado el Pulitzer?

—Aún no, espero una ayudita de alguien importante.

—Bien, bien, de modo que usted es de los que creen que todo se compra y todo se vende.

—Si no en pieza entera, sí triturado, como las hamburguesas Warrone.

—Diablos, veinte grandes al mes y se queda en mi sección de relaciones públicas. Me gustan los tipos como usted.

—Gracias, señor Warrone, pero ya tengo empleo.

—¿Y cuánto gana?

—Top secret.

CAPÍTULO III

Trabe Taxidermy Company era un establecimiento ubicado en el área portuaria de la ciudad, a mitad de camino entre los muelles de pasaje y mercancías.

Las edificaciones eran viejas, de ladrillo sucio de hollín y moho. Allí se había pegado el humo de muchos vapores, expulsado por las chimeneas de los barcos durante décadas y décadas.

La calle era oscura y el suelo, adoquinado y húmedo. Media docena de gatos la atravesaron en distintas direcciones al quedar deslumbrados por los faros del «Mercedes».

—Bien, Glory. ¿Entras conmigo?

—¿Ahí? —La joven señaló la tienda con recelo.

—Bueno, tú eres una experta en material didáctico y yo hace tiempo que dejé de ir a la escuela.

—Bien, pero no pronuncies mi nombre. No quiero que se entere Stephen de que estoy investigando, me harían el *boicot* en la facultad.

Detuvieron el automóvil y lo abandonaron, introduciéndose en la tienda cuyo rótulo de reclamo estaba bastante despintado por el tiempo y la lluvia cuando no por el sol, pues era difícil que el sol diera en aquella pared, va que delante se alzaba un gran almacén portuario que le proyectaría una sombra perpetua.

Al empujar la puerta del establecimiento, sonaron al unísono media docena de campanillas, accionadas por un resorte.

Al instante se encendieron varias luces y Glory tuvo un estremecimiento.

Allí había animales disecados, entre los que destacaba un enorme gorila con las fauces abiertas, mostrando unos prominentes colmillos y sosteniendo una especie de tranca con la que semejaba

amenazar a los que entraran en la tienda.

Había esqueletos de animales, colecciones de piedras, libros con hojas de plantas y entre todas aquellas cosas, algo se movió apenas sin hacer ruido.

Se sorprendieron al tenerlo delante. Era un enano, un enano bien trajeado, calvo y delgado, que les miraba a través de unos cristales de gafas que brillaban mucho, quizá porque eran muy gruesos. Sonrió fríamente, mostrándoles una doble hilera de agudos dientes.

—Ya voy a cerrar.

—Bueno, pero antes podrá atendernos, ¿no? —preguntó Dan Karther.

—Sí, claro, lo primero es el negocio —repuso con un sibilante inglés con acento eslavo.

—¿Usted regenta este establecimiento?

—Primero díganme a qué comercio representan —exigió el hombrecillo, que apenas llegaba al ombligo de Dan Karther.

—A ninguno —respondió Glory con sinceridad.

—¿Tienen alguna escuela particular? Yo vendo al por mayor a comercios que se dedican a estas cosas y también a escuelas, si es que prefieren comprarme a mí directamente. Como es lógico, les hago descuentos sustanciosos.

Empezó a caminar dándoles la espalda, obligándoles en cierto modo a que le siguieran por entre anaqueles y mostradores repletos de animales disecados, muestras mineralógicas, osamentas. Vendía hasta microscopios de precisión.

—Todo tiene un letrero con una numeración. No les importe que lo que vean tenga polvo o no, esto sólo es muestrario. La verdad es que prefiero que tenga polvo a que alguna mujer de limpieza estropee las muestras. Por supuesto, ustedes hacen el pedido y se les entregará exactamente igual que la muestra, pero pulcro y perfectamente empaquetado, sin que nadie le haya puesto las manos encima desde su lugar de origen, porque han de saber que aquí tengo piezas lo mismo europeas que africanas o asiáticas. Soy el principal importador de material didáctico para el estudio de Medicina y Ciencias de la Naturaleza. Surto también a cualquier coleccionista de mineralogía o a pequeños museos zoológicos de aldeas. En fin, les canso con mi charla, el material está a su vista.

—¿Todo el material está a la vista? —insistió Karther intencionadamente.

—Por supuesto que no —respondió volviéndose hacia la pareja y colocando sus manos a la espalda con cierto aire de complicidad y superioridad—. Tengo catálogos, pero hay piezas raras que sólo las hago importar sobre pedido. Ustedes comprenderán que no puedo arriesgar mi dinero comprando algo que no sé si voy a vender luego.

—¿Usted es Trabe?

—Sí. Mi abuelo fue Trabe, mi padre Trabe y yo, Trabe. Es estúpido puntualizar esto y no es que trate de decir que soy hijo de padres conocidos, simplemente quiero aclarar que este establecimiento es de solera y ha pasado en herencia de padres a hijos durante generaciones.

—Bien, señor Trabe, a nosotros nos interesa un cadáver.

El enano parpadeó tras los gruesos cristales y volvió a sonreír. Luego, contestó:

—Esto no es la Morgue y tampoco el cementerio.

—Ya lo sabemos, pero usted sirve esqueletos humanos y cadáveres congelados, dispuestos para la disección.

—Eso es cierto, pero ustedes ¿quiénes son?

—Soy redactor del *Herald*. En cuanto a la señorita, no importa, es amiga mía.

—Un periodista... En fin este asunto no interesa a la prensa es algo escabroso pero imprescindible. Por lo tanto, les agradecería que olvidaran el asunto y abandonaran mi establecimiento. Como les decía al entrar, ya voy a cerrar.

—Señor Trabe, si usted no me habla, yo podría hacer publicar en el *Herald* un reportaje sobre qué cosas pueden comprarse en este establecimiento. Observará que la noticia tiene impacto, millones de norteamericanos se desayunarían con esa crónica.

—Sí, por eso le agradecería que no publicara nada.

—Creo que, en justicia, si pide algo debería mostrarse amable, señor Trabe.

—Bueno, aquí puede venir quien quiera, todo es legal.

—¿Legal la compra y venta de cadáveres?

—Sí, tengo los permisos correspondientes. No son cadáveres americanos, son importados como material didáctico. Estados

Unidos y muchos otros países, diría qué casi todos los occidentales, se benefician de este tráfico que podría impresionar al público no versado en el tema.

—Estará todo muy regulado, ¿verdad?

—Naturalmente, sólo se pueden vender cadáveres a facultades de Medicina o clínicas reconocidas. Es material didáctico, utilizable para la práctica de los estudiantes y científicos en general. —Dando a su voz un tono condescendiente, prosiguió—: Hay una carencia de material para la disección casi absoluta en los países occidentales. Las familias suelen oponerse tajantemente a que los cadáveres de sus seres allegados sean utilizados para que los estudiantes practiquen. Luego, están los cadáveres de muerte por violencia y de éstos se ocupa la ley. Se les practica la autopsia de rigor y se les guarda en el frigorífico hasta su identificación. Asimismo, existen grupos de personas religiosas que se encargan de que los cadáveres que carecen de familia sean enterrados o incinerados. Esta protección a todos los niveles hace que falten cadáveres para la disección, que son de todo punto imprescindibles para que la sociedad tenga buenos médicos. Es una de tantas cosas que no llegan al gran público, pero que son fundamentales.

—Pero, dice que los cadáveres no son americanos, sino importados.

—Totalmente, llevamos un severo control. Además, se necesita ser un especialista en este menester para preparar adecuadamente un cuerpo humano y que quede listo para ser entregado como material didáctico. La sangre es vaciada de venas y arterias que luego deben de ser rellenadas con formol, y hay otros muchos detalles que no tengo cualificación para explicar, francamente es difícil. Yo soy un mero intermediario; se me hacen unos pedidos y yo importo, ésa es toda mi labor.

—Entonces, quiere decir que no tiene ningún cadáver en existencia en este momento.

—No, claro que no, ya les he dicho que hago importación sobre pedido. Es un material muy caro y los trámites legales siempre resultan dificultosos.

—Todo aparece como muy legal, señor Trabe, pero ¿podría ver sus libros de empresa?

—Creo, señor... ¿cómo ha dicho que se llama?

—Karther.

—Pues, señor Karther, señorita, les agradecería que abandonaran mi almacén, se han pasado ustedes. Buenas noches.

—Aguarde, aguarde, señor Trabe, no se moleste tan pronto. Usted ha dicho que todo era legal, muy legal; sin embargo...

—¿Qué?

—Pues, que ha vendido uno de los Cadáveres a un particular y antes me ha dicho que sólo vendía a personal cualificado.

—Y así es, sólo vendo a catedráticos, profesorado en general, clínicas de investigación, laboratorios, facultades y alguna que otra excepción, pero siempre muy legalizada, nunca a particulares. Así lo estipulan las autoridades.

—Yo tengo constancia de que ha vendido a un particular.

—Imposible —rebatí categóricamente aquel enano propietario del almacén que producía más que desasosiego, estremecimientos.

Los animales disecados parecían tener vida y observarles en silencio pero con mucha atención, permaneciendo al acecho como seres malignos que en cualquier instante pudieran cobrar movimiento.

—Es cierto —puntualizó Glory Witside.

—Lo siento, les habrán informado mal. Como garantía de lo que les digo, el último cadáver vendido en esta ciudad se lo expedí al catedrático Ohara, de la facultad de Medicina.

Dan *Karther* volvió su rostro hacia Glory con gesto interrogante, por si ella sabía algo al respecto.

—¿Ohara? Si, es el padre de Andrea.

—Si usted le conoce, señorita, sabrá que es una personalidad importante y altamente cualificada.

—En efecto —admitió *Glory*.

—De acuerdo, señor Trabe, gracias por su información, pero sigo pensando que este asunto de los cadáveres humanos como material didáctico, huele mal.

Tomó por el codo a Glory y la empujó con suavidad hacia la calle.

El enano les siguió con sus pupilas, a través de los gruesos cristales de sus gafas.

Poco después, el «Mercedes Benz» azul metalizado, se ponía en marcha, desapareciendo por las húmedas y oscuras calles

portuarias.

CAPÍTULO IV

En la *boite* se esparcía la música suave de un *blues* lento que era arrancado por una aguja de diamante de un *long-play*

, pues a aquella hora no había ningún conjunto en el pequeño entarimado.

La luz era una combinación de verdes y rojos, a media penumbra, que daba a los rostros un aspecto distinto al que pudieran tener a la luz del sol o bajo los fotones de una lámpara eléctrica normal y corriente.

Glory fumaba parsimoniosamente un cigarrillo y sus ojos se hallaban semicerrados, mirando hacia el interior de su mente.

Pocos minutos antes, un tipo solitario la había tomado por lo que no era, pero a la joven estudiante le había bastado con dirigirle una glacial mirada de aquellos grandes ojos negros con que la había dotado, la Naturaleza para darle el corte y conseguir que pasara de largo.

Al fin, se acercó a la mesa el hombre al que estaba esperando.

Se había acostumbrado al rostro, a la forma de ser, a la naturalidad y al casi ligero cinismo de Dan Karther y ya le parecía como si le conociera de toda la vida.

Karther vestía en aquellos momentos una chaqueta cruzada con botones plateados y bajo ella, una camisa blanca con cuello de cisne. El conjunto le daba un aire dinámico y deportivo.

—Hola, Glory. ¿Has esperado mucho?

—Bah —movió la mano con gesto negativo.

Dan Karther extrajo de su bolsillo un paquete y de él, sacó el último cigarrillo. Estrujó el paquete y lo dejó en el cenicero de la mesa. Glory encendió su mechero y ofreció lumbre al hombre que,

con el pitillo entre los labios, acercó la punta del mismo al fuego. Luego, expulsó una bocanada de humo.

Glory le observaba directamente con sus grandes ojos que no eran nada normales. Había apagado la llama de su encendedor, pero seguía con el artilugio metálico en la mano y ésta casi en alto.

—¿Qué va a ser?

El camarero se acercó a la mesa nada más ver que el hombre tomaba asiento. Había poca gente en la *boite*.

CAPÍTULO V

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Toma la carretera del Norte.

—¿Para qué?

—Las preguntas las hago yo, Karther. Conduce el coche con normalidad, no aceleres. Si te pierdo de vista, pulsaré el botoncito y ya sabes lo de «polvo eres, etcétera». Cuida también de no abrir la portezuela de la derecha ni la de la izquierda. Si la chica intenta escapar, todo se terminó.

—Si hay cinco kilos de carga plástica y estallan en medio de la ciudad, pueden haber muchas víctimas.

—Lo sé, y siempre se podrá dar la noticia como un acto de terrorismo.

—Parece que estás dispuesto a todo.

La voz intrusa volvió a oírse dentro del automóvil de Karther mientras Glory miraba por el cristal posterior, tratando de identificar cuál era el coche que les seguía.

—A todo, si no soy obedecido como un sargento de marines por un recluta novato.

Glory observó en voz baja:

—Parece que es el «Sedan» bicolor...

Dan miró a través del retrovisor, pero en aquel momento tuvo que pisar el freno ante un semáforo rojo. Tras ellos, en el mismo carril, el «Sedan» bicolor se detuvo a su vez, pero bastante lejos, guardando mucha distancia.

—Sí, es él, no cabe duda, y al parecer es cierto que llevamos la bomba de cinco kilos como polizone a bordo del coche. Anda, coge tú el volante. Pasa a mi lado aprovechando que estamos parados en el semáforo.

—El nos estará vigilando.

—En realidad no puede vernos, ya que llevamos cristales polarizados.

Glory, para colocarse ante el volante, pasó materialmente por encima del cuerpo y las piernas de Dan que, moviéndose como pudo, se situó en el asiento lateral en el momento en que el silbato de un policía les apremiaba para que reanudaran la marcha.

El «Sedán» les seguía a prudente distancia, sin prisas, seguro de que la pareja no se le iba a escapar.

Por la arteria urbana se introdujeron en la autopista del norte.

Dan Karther manejó el *walky-talky* con el que se comunicaba con aquel tipo que les había preparado aquella trampa en el coche. Si era cierto que poseía un detonador por ondas, bastaría una fracción de segundo para que se fueran al diablo.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Dan.

—Tomarás la salida cinco, en dirección a la costa.

—¿Y luego?

—Mantendremos una charla amistosa.

—Si sólo es eso, desconecto el aparatito, parece que tiene las pilas algo gastadas —dijo cubriendo en parte con la mano la rejilla que correspondía al micrófono.

La estratagema hizo dudar al tipo que les seguía, surtiendo su efecto.

—De acuerdo. Sigue el camino que te he indicado sin detenerte, Karther, y no emplees el ardid infantil de llamar la atención de ningún policía de tráfico para que os pare, el guardia se llevaría su parte en el «pum». ¿Entendido?

—O. K., cambio y corto.

Tras cerrar la singular intercomunicación entre los dos coches, Dan depositó el *walky-talky* en la guantera. Glory, angustiada, le preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Sigue sus indicaciones.

—¿Qué querrá de nosotros?

—Posiblemente, averiguar lo que sabemos.

—¿Sobre la venta de cadáveres?

—Me temo que sí; lo que me gustaría saber es quién ha enviado a ese sicario.

—¿Sicario? —Volvió su rostro hacia el hombre, apartando los ojos del asfalto—. ¿Es que nos va a asesinar?

—Puede que ésa sea su intención, pero procuraremos frustrar sus deseos...

Glory Witside tragó saliva, notándosele ligeramente el bulto de la nuez en su fino cuello.

—¿Y si no lo conseguimos?

—Pues, ya lo has oído: «Polvo eres y en polvo te convertirás».

—Dan, tenemos que hacer algo.

—Sí, por ejemplo, intentar desconectar la bomba con que nos ha obsequiado ese sujeto.

—Pero ¿dónde la habrá colocado?

—Delante, en el motor, no lo creo. La bomba, por efecto del calentamiento del motor, podría estallar en el momento más imprevisto y no habrá querido arriesgarse. Ese tipo no ha preparado una bomba para que estallara en el instante de poner en marcha el automóvil.

—¿Estará en el maletero?

—Podría ser, pero si está en la cajuela y ese tipo nos viene siguiendo de cerca, saldría bastante dañado, de modo que hay que pensar en el interior del auto. Tú sigue conduciendo.

Dan Karther se inclinó por encima de los asientos y la mitad de su cuerpo desapareció por detrás de los mismos. Al fin, exclamó:

—¡Ya la tengo!

—Dan, cuidado, puede explotar. Cinco kilos es mucho, ¿verdad?

—No es suficiente para poner a un tanque en órbita, pero nosotros no pesamos lo que un tanque.

—Ten cuidado, Dan —suplicó—. Hay ocasiones en las que quiero morir, pero ahora me doy cuenta de que deseo vivir.

—No te apures, te invito a una fiesta.

—¿Una fiesta?

—Sí, para esta noche —repuso Dan mientras volvía a sentarse normalmente, colocando un maletín portafolios sobre sus rodillas.

—¿Está ahí dentro la bomba?

—Eso supongo. El maletín no es mío y no creo que me lo hayan dejado repleto de «lechugas».

—¿«Lechugas»? —repitió Glory sin comprender.

—Sí, el padre de tu camarada de estudios, Warrone, a los billetes

de a mil dólares los llama «lechugas».

Karther sacó un cortaplumas. Glory le observaba de reojo.

—¿Qué vas a hacer?

—Abrirlo.

—¿Y no explotará?

—Esperemos que no. Si tratara de abrirlo normalmente, seguro que algún resorte lo haría estallar. Esta clase de maletines suelen tener esa mala uva, pero se puede abrir de otra forma.

—¿Cómo?

—Así.

Hundió la hoja del cortaplumas en el cuero por la superficie amplia y plana, cerca de uno de los bordes. Después, fue cortando una porción triangular de cuero dejando al descubierto el interior del maletín.

Circulaban ya por la carretera de la costa, siguiendo las curvas y junto a los acantilados, bajo un sol radiante que invitaba a vivir mientras la muerte iba acomodada dentro del «Mercedes Benz».

—Aquí está el ladrillo de plástico explosivo. Ese tipo no ha exagerado en absoluto.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Si eres creyente y sabes rezar, empieza. Ah, evita los baches. Voy a manipular en el artillugio detonador y esta clase de chismes son tan sensibles que, en ocasiones, desaparece del mundo de los vivos simplemente el que los prepara.

Glory conducía con sumo cuidado y sin transgredir ninguna norma de tráfico.

El «Sedan» bicolor les seguía de cerca aunque a prudente distancia por si estallaba la bomba.

Dan Karther respiraba despacio mientras mantenía toda su atención fija en la punta de su cortaplumas y el detonador electrónico.

En una de las curvas, por efectos de la fuerza centrífuga, estuvo a punto de detonar el artefacto. Miró de soslayo a Glory y dijo:

—Tranquila. Si esto estalla, ni nos vamos a enterar, de modo que no hay razón para ponerse nerviosos.

—Si tú lo dices...

Estiró con la punta del cortaplumas, y el acero, que estaba sumamente afilado, cortó unos diminutos cables. Dan respiró hondo

para decir después:

—Ya está.

—¿La has desarticulado?

—Sí. Ahora, acelera. Conduces bastante bien, veremos a qué velocidad nos persigue ese tipo.

La aguja del cuentamillas comenzó a moverse hacia la derecha, mientras el cuentarrevoluciones hacía otro tanto.

Ante aquel aumento ostensible de velocidad, en el que Glory se veía obligada a hacer gala de su pericia pasando junto a los barrancos, su perseguidor comenzó a dar muestras de nerviosismo y el *walky-talky* empezó a sonar.

Dan sacó la pesada carga de plástico del interior del maletín y luego tomó el aparato de comunicación a distancia.

—¿Qué sucede, no te gusta el paisaje?

—¡Karther, decelera de inmediato!

—¿Y si no lo hago?

—¡Os enviaré al infierno y no bromeo!

Karther cerró un instante el *walky-talky* y señalando hacia lo lejos la cinta asfáltica, dijo a Glory:

—Coge a gran velocidad aquella curva que tiene mala visibilidad.

—Es peligroso.

—Sí, pero al doblarla, pisa el freno a fondo, el coche responderá bien.

—Pues ahora reza tú, si es que lo has hecho alguna vez —repuso Glory, pálida.

—¿Me oyes? —preguntó Karther por el intercomunicador—. Este cacharro no funciona muy bien, debe de tener las pilas aguachinadas.

—¡Karther, no te busques problemas, decelera! —Gruñó la voz imperativa del tipo que les seguía.

—Seré buen chico si me dices quién te envía.

—¡Las preguntas las hago yo! —chilló el sicario.

—Si no respondes, me largo, no me creo lo de la bomba.

—Con que no, ¿eh? Quería saber hasta dónde habías llegado metiendo las narices donde no te importa, pero da lo mismo.

Hablando, habían llegado a la curva prevista por Dan Karther, una curva cerrada, sin visibilidad, donde había una especie de

barranco rocoso muy profundo.

Glory no se atrevió a pisar el freno a fondo y Dan puso su pie sobre el de ella, apretando con fuerza hasta hacerle lanzar un grito de dolor.

El automóvil chirrió sobre el asfalto y Glory logró controlarlo justo al borde del abismo.

En aquel instante, se escuchó un chasquido y brotó un humillo del maletín destrozado. El detonador había sido accionado a distancia.

El sicario, temiendo a la explosión y colisión consiguiente, frenó bruscamente pero no donde correspondía, enderezado ya el coche. Con las ruedas torcidas al tomar la curva, se fue hacia la derecha por la fuerza centrífuga y se precipitó al barranco.

Vieron caer al «Sedan» dando brincos sobre las rocas, desmantelándose la carrocería hasta que al fin quedó retorcido entre un grupo de rocas. Allí se produjo una explosión del tanque de gasolina que se incendió totalmente, produciendo una gran humareda.

—¡Dios mío, Dios mío! —gimió Glory.

Dan Karther abrió la portezuela del «Mercedes» y salió a la carretera. Cogiendo el ladrillo de plástico como si se dispusiera a lanzar el disco olímpico, dijo:

—Después de todo, esto era suyo.

Lanzó por el aire la carga de plástico e, inmediatamente, penetró en el «Mercedes».

Se produjo una horrisona explosión y una gigantesca llamarada ascendió desde el fondo del abismo, produciendo una densa humareda y elevando una gran porción de piedras.

Dan tomó el puesto ante el volante del coche. Glory estaba pálida, sin habla.

Dan dio media vuelta para iniciar el regreso a la macrópolis al tiempo que comentaba:

—Seguro que ése no sirve para ser diseccionado.

CAPÍTULO VI

Lo que Albert Warrone había dado en llamar casona, resultó una gran mansión, con todo lujo, confort y un gusto barroco, muy propio de un nuevo rico.

Albert Warrone debía de pensar que la gente de la alta sociedad se sentía a sus anchas entre pesados cortinajes, abundancia de dorados, espejos y lámparas de cristal de roca tallado.

Posiblemente, habría comprado la mansión en alguna subasta pública; luego la habría mandado restaurar y en aquellos mementos, centelleaba.

Al entrar por la puerta de la mansión, Dan Karther descubrió a Albert Warrone vestido de *smoking* y tuvo la impresión de que el fabricante de hamburguesas se estaba poniendo rojo por momentos, ya que el cuello de la camisa parecía asfixiarle como al reo ejecutado la soga del patíbulo.

Sus ojos semejaban más saltones, rojizos y chispeantes; posiblemente habría tomado algunas copas para animarse.

—Por la Madonna, si es el periodista...

—Por favor, Albert —le reprendió su mujer, que estaba bastante delgada.

Sus buenos miles de dólares debía de costarle, pues las facciones de su rostro eran redondas y debía de tender a la obesidad lo mismo que su marido fe hijo, mas estaba dispuesta a pasar por fina y fuerza de voluntad no debía de faltarle.

—Buenas noches, señor Warrone —saludó Karther—. Me he permitido traer conmigo a una amiga.

—Naturalmente. Un hombre sin una flor de su brazo, es un hombre frustrado.

—Muchas gracias, señor Warrone —agradeció la propia Glory—.

La verdad es que soy compañera de estudios de su hijo.

—Magnífico. ¡Stephen, Stephen!

—Por favor, Albert, no levantes la voz, pareces un voceador de mercadillo —protestó su esposa por lo bajo.

—No se preocupe, señor Warrone, ya lo saludaré luego —dijo Glory.

—Bien, bien, como quiera. —Volvió su rostro rojizo, de aspecto de batracio hacia Karther y preguntó—: ¿Qué, ha decidido aceptar el empleo que le he propuesto de relaciones públicas?

—Todavía no, pero esas veinte «lechugas» que me ofrece son más de lo que cualquier ejecutivo ya lanzado podría soñar.

—Bah, «Cárnicas Warrone» puede pagarlas. Es un negocio que, bien llevado, da mucho dinero.

—No alardees, Albert, por favor. Ah, mira quién llega, el profesor Ohara y su hija.

La esposa de Warrone parecía conocer bien al catedrático de la facultad, pues lo había reconocido en el acto. Dan y Glory se quedaron mirando fijamente al eminente galeno.

—¡Glory!

—¡Andrea!

Las dos jóvenes estudiantes se abrazaron y besaron en las mejillas.

Dan Karther se encaró con el catedrático y sonriendo irónico, comentó:

—Creí que usted no conocía personalmente al señor Warrone.

—Señor, señor... No recuerdo cómo se llama.

—Karther, Dan Karther, del Herald.

—Bien, señor Karther, creo que se está inmiscuyendo demasiado en mis asuntos particulares. No me gustaría tener que formular una queja a la dirección del Herald por su forma de comportarse.

—Haga lo que mejor le plazca, ya supongo que es usted una persona muy influyente, pero otros personajes muchísimo más importantes que usted están ahora en el dique seco, lamentando hechos pasados.

—Ustedes los periodistas de verdad se han creído que son el cuarto poder —comentó con sarcasmo el catedrático, dando por terminado el diálogo.

Glory musitó:

—Creo que has sido un poco duro con el doctor Ohara.

—No temas. Si toma represalias contra ti, yo me encargaré de que el Herald publique algo sobre él y quizá, a la larga, acabe dedicándole una primera plana completa.

Se internaron en el salón grande de la mansión. La gente bullía allí dentro. Como anticipara Albert Warrone, habían acudido personas de las más variadas nacionalidades.

—Es obvio que Warrone quiere demostrar a todos que es un hombre rico —observó Glory.

—No vayas a creer que los que se han reunido aquí son altos embajadores, supongo que habrán bastantes carniceros. Warrone desea extender sus tentáculos por cuantas naciones pueda. Triturar carne, por lo visto, da bastante dinero, tal como asegura el propio Warrone.

—Pues debe de aprovecharlo todo del ganado.

—Supongo que empujan a las reses, vivitas y coleando, al interior de las trituradoras. Luego ya saldrá picada la carne, los huesos y lo demás.

—Por favor, Dan, no continúes. Creo que jamás volveré a probar una hamburguesa.

De pronto, se les acercó una mujer que a su vez era contemplada con regodeo y lujuria por un buen grupo de los varones presentes, una mujer que vestía algo que se podía llamar vestido pero que transparentaba mucho.

Aquella despampanante hija de Eva fue directa hacia ellos, casi embistiendo a Dan e ignorando totalmente a Glory. No se detuvo hasta casi rozarlo con sus opulentos y erguidos pechos, y de su erección natural no cabía dudar, pues seguía la moda de no usar sujetadores.

—¿Cómo te ha ido, Carla?

—Con que un amigo tuyo estaba esperando a una chica como yo para sacarla en la portada de una revista a todo color, ¿eh?

—Algo de eso había oído —repuso con aire inocente.

—Eres un cerdo y nada más que un cerdo. Tu amigo es un peluquero ladrón y además, marica.

—No me interesan de él ninguna de las dos facetas.

—¡Por los ricitos que llevo me ha cobrado cien dólares!

—Es que tiene mucha fama. A su establecimiento acuden las

mujeres más importantes de la política y el cine.

—Pero resulta que aunque Warrone es espléndido conmigo, no gano para gastarme cien dólares en la peluquería.

—Tras haber conocido a la señora Warrone y viéndote a ti, creo que debes de tener una buena cuenta corriente, a menos que seas una consumista psicopática.

—¿Me estás acusando de liarme con Warrone? —inquirió con sus ojos verdes muy abiertos, semejando que toda ella iba a estallar.

—¿Podrías jurar con la mano sobre el ombligo que no te has acostado nunca con el sapo de Warrone?

Carla parpadeó visiblemente. Glory también observó perpleja al hombre.

—¿Por qué sobre el ombligo? —preguntó la secretaria.

—A fuerza de ser sinceros, te diré que no creo que tú le des la importancia adecuada y justa a jurar sobre la Biblia.

—Ya decía yo que eres un cerdo. ¿Qué prefieres, que te arañe los ojos o te de un fuerte rodillazo, ahora que te tengo bien centrado?

—Yo preferiría...

Glory carraspeó por dos veces consecutivas y muy ostensiblemente, haciéndose notar a aquella mujer tan sensual como vehemente.

—Vaya, si ya estás acompañado. ¿Quién es esta menina?

Glory se puso roja. Se daba cuenta de que a palabras no iba a ganar a aquella especie de rival, pues el desparpajo de su verbo era más que notable.

—Se llama Witside, Glory Witside. Es compañera de estudios del hijo de tu patrón.

—Parece muy finita, poca cosa para un tipo de tu planta, con esa cara de piedra y tu cinismo. Debes de manejarla como a una muñequita.

—Por favor, Carla, quien debe de decidir lo que me conviene, lo que me va o no, creo que soy yo.

—Eso podrás decidirlo en otro momento. Soy buena y me consideraré vengada de tu broma aceptando la tercera posibilidad, es decir, ni arañarte los ojos, ni darte un rodillazo, sino lo que tú ibas a proponer.

—Creo que hay varios caballeros en el salón que estarán pensando que soy un acaparador. Yo dos mujeres y ellos, ninguna, y

eso a Warrone no le va a gustar.

—De acuerdo, pero volveremos a vernos. —Miró a Glory y dijo —: Adiós, monina. Ah, si quieres la dirección de un peluquero barato, pídemela. A lo peor tienes que llamar a tu paladín para que te provea de fondos y puedas pagar la factura.

Cuando Carla se alejó, moviendo su anatomía de forma que atraía sobre ella muchas miradas, Dan Karther suspiró. Bebió todo el contenido de la copa de champaña que había ido a parar a sus manos, mientras Glory sólo tomaba un sorbito de la suya.

—¿Siempre tienes esta clase de problemas con las mujeres?

—¿Eres tú una mujer?

—Creo que sí.

—Pues ya ves que no te he enviado a mi amigo el peluquero para que te haga ricitos y te desplume, y tampoco te he pedido nada digamos...

—No sigas. —Bebió otro sorbito, como si la copa se tratara del bebedero de una jaula de canarios y sin quitarle la vista de los ojos, añadió—: A lo peor me siento frustrada.

—¿Por no haberte pedido nada especial?

—Ajá.

—A mí me gusta tender las trampas, no que me las tiendan.

—¿Crees que después de provocarte te diría que no?

—Es una posibilidad.

—¿Y tú no soportas una negativa? —preguntó irónica, sonriendo.

—Los cerdos se comen las flores a las primeras de cambio. A mí me agrada disfrutar de la belleza de la flor si es fragante, delicada y exótica.

—Y al final, ¿acabas comiéndotela también o la dejas secar entre las hojas de uno de esos libros que nunca se leen?

—Creo que no soy un cerdo como me ha acusado Carla, pero también soy un ser vivo. Si no como, me muero.

La tomó del brazo y la empujó con suavidad.

—¿Adónde me llevas?

—No, si vas a ser tú quien me lleve a mí.

—¿Adónde?

—Al cottage.

—Oye, Dan, no te habrás tomado en serio eso de comerte las

flores, ¿verdad?

—Al cottage de Stephen Warrone... Como él está en la fiesta, no va a sorprendernos, es el mejor momento para dar un vistazo. Sería bueno salir con disimulo. Daremos la vuelta al jardín desde la terraza y nadie se percatará de que nos hemos ido. ¿Te parece bien el plan?

—¿No será peligroso ir de noche?

—Vamos, Glory, si de verdad quieres averiguar por qué murió tu amigo Kiwo, olvídate de la posibilidad de que yo tenga apetito o no. Además, ese tema no lo habíamos planteado hasta que ha aparecido Carla. ¿Es que has sentido celos de ella?

—¿Celos?

Dan no estrujó la respuesta de Glory. La tomó del brazo y la sacó a la terraza.

CAPÍTULO VII

—Aguarda, no subas todavía al coche.

—¿Temes que hayan colocado otra bomba?

—Pudiera ser. A veces, los periodistas resultamos tan molestos como un hormiguero en una *suite* nupcial.

Revisó el maletero, el motor e incluso dio un vistazo por la panza del «Mercedes Ben», iluminándola con su linterna.

—¿Ocurre algo, señor?

Glory, también sorprendida, palideció, pero en la oscuridad no se notó.

Acababa de acercárseles un vigilante acompañado de un gran danés negro cuyas fauces, en una sola dentellada, podían mutilar a un hombre.

—Es que la señorita ha perdido su anillo pero aquí no está, lo habrá descuidado en su apartamento —explicó Dan—. Iremos a buscarlo.

—Si necesitan que algún empleado de la casa busque por aquí...

—Oh, no —se apresuró a decir Glory—, no era demasiado importante.

—No vaya a decirle nada a su patrón, le preocuparíamos innecesariamente. —Le alargó un billete y dijo—: Luego volvemos.

El empleado tomó el billete, sonrió y guiñándole un ojo a Dan se atrevió a decirle:

—Seguro que en el apartamento de la señorita encontrará lo que desea.

Glory entró en el coche y Dan, con cierto aire de complicidad, susurró al vigilante de la mansión Warrone:

—El anillo lo tengo yo en el bolsillo, pero ella no lo sabe.

—Suerte, señor. Esa astucia merece un premio.

—Justo lo que yo pienso.

—¿Qué le decías tan en secreto? —le preguntó Glory cuando él se acomodó frente al volante.

—Nada de importancia. Le he hecho creer que esta noche iba a comerme una fragante y exótica flor.

Glory le observó de reojo dentro de la oscuridad del automóvil que circulaba proyectando los haces de luz de sus faros sobre el asfalto.

—Parece que esta vez han sido buenos chicos y no nos han puesto ninguna bomba.

—¿Quién supones que envió a aquel sicario?

—Todavía no lo sé, pero terminaré averiguándolo. Ése Trabe no me cae simpático y no es porque tenga nada contra los enanos.

—¿Y respecto al catedrático doctor Ohara?

—En este asunto parece que se le ha ido la mano. El sabe que si se ahonda en el caso podría descubrirse que, gracias a él, Warrone obtuvo un cadáver para regalárselo a su hijito como si fuera un scalextric.

—Me sorprende que el doctor Ohara se haya ensuciado las manos en este asunto.

—Quizá sea el cerebro.

—¿Por qué? Debe de cobrar un excelente salario y sus pacientes particulares le proporcionarán sabrosas minutas.

—Nunca se sabe dónde empieza y dónde termina la ambición de un hombre importante. Luego, están los vicios ocultos, que en ocasiones resultan altamente costosos, lo mismo el juego, las mujeres o las drogas. Incluso, la política puede convertirse para algunos hombres en un veneno que a la larga los desangra económicamente.

—Pero ¿por qué arriesgarse haciendo este favor a Warrone?

—No lo sé. Quizá Warrone sea uno de sus acreedores. Warrone es la clase de tipos que se trazan una meta y luego no reparan en medios para conseguirla. Tiene metido entre ceja y ceja que su hijito sea un galeno de importancia y lo conseguirá. Hasta es posible que termine montándole un hospital para él solo.

—La verdad, viendo la ostentación de que hace alarde Stephen, se puede suponer tal cosa y casi diría que más, pero no me gustaría caer enferma en ese hipotético hospital Warrone.

—En la guantera encontrarás cigarrillos, enciéndeme uno, por favor.

Mientras ella obedecía su indicación, Karther permanecía atento a la conducción y no por ello dejó de pensar o preguntar.

—¿Hasta qué punto puede ser punible el hecho de que te inyectaran un narcótico allá en el cottage, Glory?

—En realidad, es un delito, máxime la inyección de un narcótico, puesto que ninguno de nosotros todavía tiene licencia médica.

—Ya, y también podría alegarse que se trató de una broma estudiantil.

—Sí, además, el narcótico fue absorbido por mi sangre. ¿Por qué me estás haciendo estas preguntas?

—No sé, quizá para interrogar a Stephen. Su declaración podría hacer mucho daño al eminente doctor Ohara y a Stephen se le pueden apretar las clavijas, pues aunque tiene dinero para muchas cosas, tendrá un terror mortal a perder su carnet de estudiante de medicina.

—Eso es cierto. La retirada de su carnet de estudiante sería algo muy duro para Stephen y no quisiera que por mi culpa ocurriera tal cosa, sería una jugada muy sucia.

—Yo no lo decía para retirárselo en serio, no tengo poder para tal cosa, sólo pretendo inquietarlo.

—Bueno, si el Herald publicara que Stephen tiene un cottage donde se dedican a diseccionar cadáveres, repercutiría en la opinión pública y el consejo de médicos decidiría en consecuencia, incluso se le podría incoar un proceso jurídico. Supongo que su papá se vería obligado a poner en marcha un ejército de abogados que le sacarían del aprieto, mas no podría evitar qué quedara marcado en el mundo de la Medicina.

Glory Witside, haciendo memoria, fue indicando a Dan Karther el camino pese a la oscuridad.

Al fin, los faros del «Mercedes» enfocaron las paredes del cottage del niño rico. Dan situó el coche de forma que iluminaba la puerta de lleno.

—Estará cerrado —observó Glory.

—No creo que ese detalle sea demasiado problema.

—Si nos sorprenden, nos tomarán por ladrones.

Dan Karther se calzó unos finos guantes que se adaptaron perfectamente a sus manos, oscureciéndolas en color. Luego, se puso en el bolsillo algo que Glory no vio y que el hombre había sacado de la guantera.

—Si prefieres quedarte aquí esperando...

—No, te acompaño. La anterior ocasión perdí el sentido, pero fue por culpa de la sorpresa.

—Lo que importa es que te tomaron por una especie de pusilánime, sin saber que tú habías reconocido el cadáver.

—Eso sólo lo sabes tú.

—Mejor. Sin duda alguna, saben que estamos investigando, la bomba en mi coche y la persecución del sicario lo demuestran, pero lo que importa es que ignoran lo que nosotros sabemos, es decir, que el cadáver no procede de Asia, sino que fue obtenido dentro de los propios Estados Unidos, en la persona de un hombre de raza amarilla.

—Dan, tengo que confesarte una cosa.

El, que se disponía a salir del coche, se detuvo para mirarla directamente a los ojos y preguntar:

—¿Hay algo importante que debas decirme?

—Sí, creo que es importante.

—Pues, adelante, habla antes de que me introduzca en ese cottage y corra el riesgo de ser acusado de allanamiento de morada.

—Kiwo era inmigrante clandestino. Si lo hubiera descubierto el FBI lo habría regresado a Vietnam.

—Lo sospechaba. Los inmigrantes clandestinos, por estar al margen de la ley, se convierten en presas fáciles para sujetos sin escrúpulos, organizaciones que controlan desde la prostitución a la mano de obra clandestina para recoger tomates o Dios y el diablo saben qué.

—¿Quieres decir que si después de muerto lo han utilizado de forma tan desagradable, convirtiéndolo en material didáctico negociable, es porque sabían que era un inmigrado clandestino?

—Seguro. Lo que me gustaría averiguar es si falleció de muerte natural o ya los escogen en vida.

—Dios mío, Dan, qué monstruosidad estás diciendo.

—Puede que sea una monstruosidad, pero lo que se hacía en la Roma de los Césares se ha repetido a través de los tiempos. Hay

hombres y mujeres que, en contra de su voluntad, han sido considerados como esclavos, con derecho de vida y muerte sobre ellos, sea para obtener oro por su cuerpo o simple comida para peces carnívoros en un acuario.

—No puede ser eso, vivimos en el siglo xx.

—El hombre, a través de los siglos, no ha cambiado tanto como muchos pretenden. Este caso está mucho más complicado que un tráfico ilegal de inmigrantes. No saben muchos inmigrantes clandestinos en qué forma van a ser explotados luego por quienes les prometen la solución económica a sus problemas, pero en este caso, las cosas han ido muchísimo más lejos. Me recuerda a un explotador que pasaba a inmigrantes clandestinos para trabajar el campo en Estados Unidos y al final de la temporada los asesinaba y sepultaba, simplemente para ahorrarse, el salario que debía de pagarles. En fin, hay cosas que repugnan, la mayoría de los crímenes repugnan, pero en esta ocasión...

Dan no dijo nada más. Desconectó los focos del automóvil y abandonó éste, dirigiéndose a la puerta del cottage.

Notó unos pases suaves junto a él y ni siquiera se volvió; era Glory, que miraba inquieta alrededor.

Dan manipuló en la cerradura con un juego de finas ganzúas. Al fin, iras una labor de tres o cuatro minutos, la puerta cedió y penetraron rápidamente, como ladrones furtivos, en la coqueta edificación.

Cuando Dan Karther estuvo seguro de que todas las ventanas estaban bien cerradas, encendió las luces eléctricas del cottage.

—Sin duda alguna, éste es el lugar que me has descrito.

—¿Acaso lo habías puesto en duda?

—No como tú piensas ahora. Recuerda que te inyectaron un narcótico y que ni siquiera sabes de qué clase era. Podía tratarse de un alucinógeno, tú que estudias medicina ya me comprendes.

—Bien —asintió con la cabeza—, pero ahora deberás admitir que he ido a ti con la verdad en las manos y en la boca.

—Voy a hacer algo que he deseado desde que te vi aparecer en tu apartamento.

—¿Y qué es?

—Tomar un poco de la verdad de tu boca.

Glory no retrocedió pese a que Dan se le acercó hasta que sus

cuerpos se tocaron.

Notó la palma de la mano del hombre en su cintura y luego, la boca de Dan se acopló a la suya. Sus labios se entreabrieron, pero no los dientes, hasta que comenzó a sentir tanta fuerza en el beso que abrió la doble compuerta de dientes esmaltados.

Se fundieron sus alientos y el dolor, al ser curvado su cuerpo por la espalda, no le desagradó, al contrario.

Cuando Dan Karther separó su rostro del femenino, sin soltarla todavía, respiraba profundamente.

Glory aguantó con sus grandes ojos abiertos y se vio muy pequeñita reflejada en el interior de las pupilas claras del hombre.

—Soy un tipo frío de ordinario, lo que no excluye que coma flores como Carla, pero tú...

—¿Yo qué?

Glory se había olvidado hasta de donde estaban y de qué era lo que buscaban.

Toda su vida había esperado a un hombre como Dan, una atracción enervante como la que ahora la invadía; sin embargo, era la peor ocasión a escoger y Dan, si bien había provocado aquella situación, tuvo fuerzas para controlarla antes de que se saliera de madre.

—Si en otro momento trato de convertirme en un cerdito y devorar una bella y delicada flor como tú, dame un rodillazo o aráñame como dice Carla.

Los ojos femeninos chispeaban como una noche agostina.

—Yo no soy tan fuerte ni vehemente como Carla.

—Tan fuerte, no, pero vehemente, quizá lo seas más de lo que tú misma supones.

La soltó y se apartó rápidamente de ella, como si él fuera una especie de insecto volador que, al acercarse a la llama de una bujía, delgada y esbelta, hubiera adquirido conciencia de que iba a quemarse.

Allí estaba la mesa de operaciones, nueva y flamante. Encima, el gran foco de quirófano, apagado en aquellos instantes. Luego, estaban las vitrinas conteniendo material quirúrgico y el sofá que contrastaba con el utillaje para cirujanos.

Observó el tocadiscos y vio que la música era variada. Se acercó después a un amplio armario empotrado con puertas de finas y

costosas maderas que, pese a la utilidad práctica del mueble, le imprimían un sello lujoso.

—Parece que no dejaron ni huella, y yo debía de estar dormida en ese sofá.

—Posiblemente. ¿Este lugar tiene incinerador?

—Seguro que lo tiene, pero si un cadáver ha sido quemado hasta reducirlo a cenizas, me temo que no habrá forma de diferenciarlo de un animal mamífero de parecido tamaño y peso.

—La verdad es que esperaba encontrar algo aquí. Veamos ese armario.

Al abrir el armario, Dan Karther quedó unos instantes quieto, en suspenso.

Glory, captando la sorpresa del hombre, se le acercó por detrás.

—Aguarda si no quieres ver algo desagradable, Glory.

La joven dudó, vaciló físicamente y como si con gran esfuerzo se tragara su repugnancia, avanzó los tres pasos que le faltaban hasta colocarse a la misma altura que Dan y poder ver lo que allí había escondido y que el hombre consideraba harto desagradable.

Había una buena cantidad de recipientes de cristal de bocas muy anchas, recipientes especializados para laboratorio.

Más de la mitad de los mismos aparecían vacíos; en cambio, otros estaban llenos de líquido y flotando o en suspensión, descubrieron un corazón, unos riñones, pulmones, un hígado...

—¡Dios mío, qué horror y mientras, yo dormía narcotizada! —gimió la muchacha.

—No te hagas mala sangre. Cuando le hicieron esta disección a fondo, tu amigo Kiwo ya estaba muerto.

—Lo sé, pero ver esto ahora...

Glory se había vuelto para no ver más.

Dan observó aquellos grandes frascos y luego, miró la lámpara de quirófano. Buscó el interruptor para encenderla y dirigió su luz hacia el armario, como si el interior del mismo fuera la boca de un macabro escenario.

—¿Qué vas a hacer, Dan?

—Fotografiar esto. Ya sé que mucha gente pensará que busco la vibración de la opinión pública mediante el escándalo, pero hay que denunciar este hecho.

—¿Publicarás la fotografía que ahora hagas?

—Sí.

—Te acusarán de allanamiento de morada.

—No me importaría que eso sucediera si atrapan a los culpables, pero, no hará falta. Tengo un plan en el que tú participas, si es que después de ver esto no tienes miedo de seguir adelante hasta donde haga falta.

—Cuenta conmigo, Dan —anunció resuelta.

Dan tomó varias fotografías por si alguna le salía mal, lo cual no era frecuente, pero siempre existía la posibilidad y aquello no era el retrato dominguero de una familia en el campo.

—Lo malo es que ya no se podrá demostrar que el propietario de todos esos órganos fuera en vida tu amigo Kiwo.

—Eso sería del todo imposible.

—Sin embargo, a la policía le interesará saber porqué están aquí todos esos órganos humanos sumergidos en formol.

—Eso es cierto, y será una explicación muy difícil.

—Por favor, tú no toques nada. Cuando la policía llegue aquí, buscará huellas. Deja que yo lo toque todo, por eso llevo guantes. Después volveremos a dejarlo todo como estaba.

Minutos más tarde, el «Mercedes» se hallaba de regreso.

Iban vestidos para la fiesta de Albert Warrone, y hacia ella se dirigieron, reapareciendo en el salón por la terraza.

—¡Hola, Glory! —La saludó Stephen Warrone yendo a su encuentro—. Mi padre me ha dicho que estabas en la fiesta y te he estado buscando, claro que cuando mi padre celebra una fiesta invita a tanta gente...

La joven no pudo evitar mirar a Stephen Warrone con repugnancia.

—¿Qué te sucede, Glory, no habrás tomado demasiado?

Dan Karther intervino en ayuda de la muchacha, tomándola por la cintura a través de la espalda.

—Es que por esta noche ya debe de estar harta de oír hablar de «Cárnicas Warrone».

—Bueno, es que la fiesta tiene un fondo comercial —rió el corpulento Stephen.

Andrea Ohara se le acercó con los ojos más chispeantes por la bebida que por la admiración.

—Stephen, ¿no vas a enseñarme tu casa un poquito más a

fondo?

—Claro que sí —repuso cogiéndolo por el brazo y alejándose sin despedirse de Glory y Karther.

CAPÍTULO VIII

Glory terminaba de ducharse.

Había dormido gracias a unas pastillas que había tomado, pues estaba segura de que recordando lo que descubriera en el cottage de Stephen Warrone, habría sufrido un insomnio incapaz de vencerlo por sí misma, por ello recurrió al fármaco.

Secó cuidadosamente su cuerpo esbelto y un tanto delgado, de líneas muy concretas.

Se quitó la capucha de plástico con la que protegiera sus hermosos cabellos negros, espesos y largos, que se desbordaron sobre sus hombros, espalda y por encima del busto duro y joven.

Se cubrió con una bata corta y blanca, estilo judogui, sacudiendo el cabello mediante unos movimientos de su cuello.

Hundió las puntas de los pies en las chinelas y recorrió el cerrojo del cuarto de aseo para pasar a la habitación.

Quedó quieta, sorprendida, mirando fijamente a los dos hombres altos, vestidos de oscuro y con gafas de cristales ahumados. Las sonrisas cínicas que lucían en sus bocas la asustaron, mas no quiso demostrar su miedo.

—Hola, encanto.

Tras el saludo de uno de ellos, el otro, que llevaba un periódico enrollado en su mano, a modo de cilindro, preguntó:

—¿Tú eres Glory?

—Sí. ¿Quiénes son ustedes, qué buscan aquí? Inquirió sintiéndose como si llevara menos ropa de la que realmente vestía.

—Es mona la chica... Una pena.

Ante aquellas palabras que no presagiaban nada bueno, Glory Witside saltó hacia atrás tratando de retroceder al interior del cuarto de aseo para protegerse dentro de él, mas no lo consiguió.

Se sintió agarrada por los cabellos y le dieron un brutal tirón hacia atrás, obligándola a lanzar un chillido. De inmediato, le taparon la boca, advirtiéndole:

—Si gritas, te partimos la cabecita como si fuera una nuez. No creo que eso te guste, eres una chica joven y bonita, aún puedes disfrutar mucho de la vida.

Mientras era sujeta por el cabello, forzándola a levantar el rostro y torciéndole el cuello en el que sobresalió la laringe, el otro tipo desenrolló el periódico frente a sus ojos.

—¿Te agrada el Herald? Hoy trae una noticia muy escandalosa en primera página.

Dan Karther había conseguido de la dirección del periódico que la carta anónima enviada por Glory se publicara y entre las palabras, bien enmarcada, aparecía la singular y espeluznante fotografía de los frascos de cristal, algunos de ellos conteniendo órganos humanos.

Gracias a la profesionalidad de Karther y al buen material empleado en películas se obtenía el efecto deseado.

Más abajo había un gran espacio en blanco con una cruz muy significativa y el anagrama latino

R. I. P.

—Ese Karther, tu amigo, que ha preparado esta primera página del Herald, es muy teatral y efectista. ¿No estás de acuerdo en eso, pequeña?

Glory miró al hombre que tenía enfrente con los ojos muy abiertos. Estaba terriblemente asustada y ni siquiera podía gritar para que alguien acudiera a socorrerla.

—Ha sido una estupidez por tu parte meterte en lo que no te importa —le dijo al oído el tipo que la sujetaba por la espalda, mientras el otro le hundía el puño en el hígado con efectividad, sin consideración alguna a su condición de mujer.

Pese a tener las manos libres, Glory no pudo evitar aquel golpe traidor y canallesco.

Sintió flaquear sus rodillas. El golpe le dolía profundamente y ella no sé había entrenado jamás como un boxeador para encajar puñetazos. De no estar sujeta, habría medido el suelo con su grácil cuerpo.

—Ya puedes abrir esos ojos tan grandes y exóticos que tienes. Mi

amigo te soltará la boca, circunstancia que aprovecharás sólo para contestar a lo que te preguntemos. Si por el contrario prefieres dar grititos, te va a doler mucho el cuerpo y será una pena estropearlo.

Los dos tipos intercambiaron una mirada de inteligencia, y el que sujetaba a Glory, le soltó la mandíbula pero no el cabello.

Al tener la boca libre, Glory no gritó. Despacio, abrió los párpados.

—¿Sois vosotros los asesinos de los inmigrantes clandestinos?

El que tenía el periódico le soltó dos durísimas bofetadas y los nudillos de la mano de aquel matón le golpearon un ojo que comenzó a enrojecer.

El que la sujetaba por el cabello miró a su compañero muy preocupado.

—De modo que sabes mucho más de lo que pone el periódico... ¿Y por qué no se lo has contado también al buscapleitos de Karther?

Glory sentía que la cara le ardía y veía mal con su ojo derecho; era como si le hubieran puesto delante una nube roja. No respondió.

El sicario que tenía delante debía de ser un sádico, pues le propinó otro puñetazo, esta vez en las costillas flotantes.

Glory no pudo contener un grito de dolor.

—Nos vas a decir todo lo que sabe ese Karther o te hacemos la disección aquí, a lo vivo y sin bisturí, a puñetazos. El resultado no quedará tan limpio y pulcro como el que muestra la foto del Herald.

—¡Asesinos, asesinos! —increpó Glory pese a los golpes.

Haciendo un gran acopio de fuerzas, dobló súbitamente la rodilla, alzando el talón descalzo.

Golpeó en el bajo vientre al hombre que la sujetaba por los cabellos quien, de inmediato, palideció, soltando a la muchacha para llevar sus manos a la zona afectada.

Como habiendo calculado aquel golpe con anterioridad, Glory escapó hacia delante, sorprendiendo al que todavía mantenía el periódico en su zurda. Con agilidad, pasó por debajo de su brazo sin que el matón acertara a detenerla. Era como una estudiada jugada de *rugby*, que Glory había visto practicar en la facultad.

Su agilidad era grande, pero estaba mermada por los golpes.

Logró llegar al centro del salón, repleto de pinturas de su amiga Dora, cuando el sicario, lanzando un gruñido más propio de un

gorila, asía un taburete que había en la habitación.

Se lo lanzó con maligna puntería, alcanzándola de lleno.

Glory, sin gritar siquiera, se derrumbó en mitad de la estancia.

—Te alcancé, zorra...

El otro le siguió al *living* andando de una forma muy especial, con los pies muy separados entre sí, todavía pálido y gruñendo tacos por lo bajo.

—Ha quedado groggy.

—¿La has matado?

El sádico volvió con la punta de su zapato el cuerpo de la muchacha. Ésta tenía el rostro manchado de sangre y su aspecto era deprimente.

—Aún vive, pero se ve que le he atizado duro.

—Y ella a mí también —se lamentó el otro.

—¿Crees que merece la pena llevarla al Punto Cinco?

—Tal parece que no las has dejado muy aprovechable —comentó el sujeto alcanzado en el bajo vientre, observando a Glory que no se movía. Sangraba, tenía los ojos cerrados y apenas respiraba.

En aquel momento se abrió la puerta del apartamento y apareció la joven y rubia estudiante de pintura.

—¡Glory!

La llamada había sido espontánea, habitual, mas de inmediato se percató de lo que ocurría.

Vio a su amiga tendida en el suelo, sangrando, y la creyó muerta. Casi no tuvo tiempo de ver a los dos hombres, que supuso los asesinos, y comenzó a chillar desaforadamente.

Uno de ellos desnudó de inmediato una navaja automática, ya preparada en su diestra.

Dora corrió hacia el rellano de la escalera y los dos matones salieron en tromba tras ella.

La pintora bajó los peldaños a saltos cuando le asestaron una puñalada por la espalda. Dejó de gritar, como un aparato de alarma detenido bruscamente.

Las puertas de los apartamentos vecinos comenzaron a abrirse, apareciendo gente.

Los dos sicarios se precipitaron escaleras abajo, saltando por encima del cuerpo de Dora que rodaba dándose golpes que

resultaron trágicamente estremecedores para quienes presenciaban la escena.

Uno de los vecinos intentó detener a los asesinos, pero uno lanzó su navaja mientras el otro sacaba una pistola.

El hombre escapó a la muerte retrocediendo de un salto y pegando su espalda contra la pared.

En la calle, un automóvil se puso en marcha saliendo en una maniobra rápida y violenta del aparcamiento y los dos asesinos huyeron en él, perdiéndose en la gran ciudad.

CAPÍTULO IX

—No puede recibir visitas —puntualizó el médico.

Dan Karther frunció el ceño y sus cejas casi se juntaron, formando una larga línea que alcanzaba a cubrir sus ojos de un azul muy claro.

—Tengo que verla, doctor.

—Imposible. La chica no ha recuperado el conocimiento. Aparte de equimosis múltiples y algunas venas rotas dentro de la nariz y la boca, tiene un ojo duramente afectado y en las radiografías han aparecido dos costillas rotas.

—Vaya, que la han dejado hecha un mapa.

—Es una expresión bastante gráfica y exacta a la vez. Ahora, si me disculpa, señor Karther...

El médico se alejó y Dan Karther, en vez de tomar la escalera para abandonar la clínica, se escabulló entre unos visitantes. Avanzó por un corredor y descubrió un vestuario.

Se internó en él y poco después salía con una bata de color verde y un casquete del mismo color ocultando su cabello casi albino.

Anduvo por varios pasillos hasta que, delante de una puerta, descubrió a un policía montando guardia. Fue directo hacia él.

—Cuando llegue el teniente Donaldson, díglele que no pase a interrogar a la paciente, le voy a colocar el suero.

El policía asintió con la cabeza rápidamente ante la seguridad y aplomo con que fuera abordado.

Dan Karther se introdujo en la habitación que se hallaba en penumbra.

Glory Witside yacía en el lecho con varios apósitos en el rostro y el cuerpo bajo la sábana y la colcha.

Una joven enfermera le observó de reojo al verle entrar y dijo:

—Tiene el pulso mejor y... Eh, pero ¿quién es usted?

—No alces la voz, el poli te va a oír y me echará fuera de la habitación.

—Usted no es...

—No, no soy ningún doctor. Ella es mi chica y no me dejaban verla.

La enfermera apretó los labios, dubitativa. En aquel momento, sin abrir los ojos, Glory llamó con voz queda:

—Dan...

—¿Es usted ese Dan?

—Exacto. Si quieres te muestro mi documentación.

—Sí. Si me arriesgo, que sea por algo cierto.

Dan Karther sacó su cartera y le mostró el carnet de prensa.

—Vaya, además periodista. ¿Va a publicar lo que le ha sucedido?

Dan no contestó a la enfermera y sí se inclinó sobre la estudiante de medicina cogiéndole una mano.

—Glory, ¿cómo te sientes?

—Algo mejor. Todo me duele, eso quiere decir que estoy viva.

—Claro que sí. ¿Pudiste reconocer a tus atacantes?

—No, Dan, no los había visto nunca. Eran dos y venían por lo del periódico —fue explicando lentamente, con dificultades.

—Maldita sea... Debí prever que te buscarían, pero no suponía que habíamos metido tan a fondo el dedo en la llaga.

—Dan, quería llevarme a Punto Cinco. Lo oí cuando ellos creían que estaba inconsciente.

—¿Punto Cinco, qué es Punto Cinco?

Con voz apenas audible, ella repuso:

—No lo sé. Dan.

—Por favor, no la fatigue —pidió la enfermera.

—¿Y Dora, ha venido a verme?

La enfermera miró significativamente a Dan. Éste apretó con más fuerza la mano de Glory y contestó piadosamente:

—Ya vendrá, no te preocupes.

—Ella gritó, Dan gritó; si no, me hubieran matado, son asesinos.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y aparecieron dos hombres con gabardina y el sombrero en la mano.

—Hola, teniente Donaldson.

—Vaya, si es Dan Karther, el periodista que ha triplicado la tirada del Herald, todo un notición. Debo de felicitarle, pero si no hubiera publicado nada, la otra chica no habría muerto.

—¿La otra chica? —repitió esta vez Glory, tratando de comprender.

—¡Esto no puede seguir, la paciente se encuentra mal!

La enfermera no consiguió poner orden y Glory se echó a llorar.

—Dora, Dora, la han matado —gimió.

—Vaya, creo que he metido la pata —se lamentó el teniente a los pies de la cama, junto al sargento que le acompañaba.

—Comprenderá que sin pruebas tangibles no podía hacer la denuncia, teniente.

—Ha sido una denuncia muy solapada. No me gustan los rodeos, Karther. Primero, la llamada de esta estudiante desde una cabina telefónica, advirtiéndome de lo que podíamos encontrar en el cottage de Warrone júnior, una llamada sin identificar y que parecía una broma pesada. Después, sale el Herald y el juez se decide a extender la orden de registro en la casita de Warrone hijo, pese a que en el Herald no se le mencionaba en absoluto. Eso ha sido ponerlo todo al descubierto sin querer ensuciarse las manos.

—Tenía que ser así, teniente.

—Pues no veo que haya dado muy buenos resultados. Una chica... En fin, ya sabe.

—¿Y el cottage?

—Los muchachos están allí buscando huellas de todas clases.

—Me refiero a los frascos.

—Los hemos encontrado. Precisamente, estoy esperando una llamada de un momento a otro. He dicho que en cuanto tuvieran lo que deseo saber me localizaran.

En aquel preciso instante, como si fuera una orden, el teléfono comenzó a sonar. Dan lo descolgó y una voz de mujer, seguramente la telefonista de la clínica, preguntó:

—¿Está el teniente Donaldson en la habitación?

Dan le pasó el auricular al policía.

—Es para usted.

El teniente se puso al aparato y se identificó.

—¿Estás seguro? —insistió muy sorprendido.

Dan Karther le miraba fijamente, tratando de adivinar lo que le estaban comunicando. Al fin, el teniente colgó y dijo:

—Lo siento, Karther.

—¿Lo siente? Hay muchos motivos de pesar, pero no sé a cuál se refiere.

—Me temo que cuando sus colegas de prensa empiecen a teclear, sus máquinas le van a huir. Ya puede preparar un epitafio para Dan Karther periodista.

—Sea más explícito, teniente.

—En el laboratorio han analizado los órganos hallados en los frascos sumergidos en formol: corazón de cochino, hígado de cordero, pulmones de chimpancé... Se ha metido en la piscina hasta el cuello, Karther, y eh la piscina no había agua sino sulfúrico. Ahora, se va a disolver en la nada.

—No puede ser —rebatíó Dan desconcertado.

—Si quiere que se lo de por escrito...

—Pero, teniente, Glory ha sido atacada y su compañera también.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero esas cosas pueden ocurrir por distintos motivos. Yo he tenido que asociar la llamada de ayer noche, realizada anónimamente por una chica, con lo publicado en el Herald y el ataque sufrido por dos jóvenes en un edificio de apartamentos, máxime al enterarme de que una de las muchachas era estudiante de Medicina y a la vez compañera de clase de Warrone júnior. Podía haberme ahorrado el trabajo de atar tantos cabos.

—Be que yo quería que los atara para que llegara a las mismas conclusiones que yo.

En aquel momento entró el médico, reclamado por la enfermera. Traía muy mal gesto y no les rogó si no que les exigió:

—Salgan inmediatamente de la habitación. La enferma está bajo mi responsabilidad.

La enfermera los expulsó al corredor materialmente a empujones. Dan miró a Glory que acababa de desvanecerse.

—Teniente, éste es el doctor que me ha dicho... —carraspeó el agente que montaba vigilancia ante la puerta de la habitación.

—No siga, agente. Cuando vea a este sujeto en alguna parte, no se crea lo que le explique. Es Dan Karther, el que ha puesto las vísceras en la primera página del Herald.

—¡Diantre! —exclamó el policía, sorprendido y admirado a la vez. Luego, recapacitando, masculló—: Me ha engañado.

—No me quedaba otro remedio, agente —se disculpó Karther—. A distancia ya he visto que era usted un buen sabueso.

—Y usted, Karther, le ha dado el hueso que se merecía.

—Ejem —carraspeó el agente, sonrojándose ligeramente por la «plancha» cometida al dejarse embaucar.

Karther y el teniente, seguidos por el sargento de la policía, se alejaron por el corredor.

—¿De modo que no ve relación con lo descubierto en el cottage de Warrone y lo ocurrido a las dos chicas?

—Sería un estúpido si dijera que no, aunque si interrogamos a los demás que participaron en la disección lo negarían rotundamente. Piense que hay hijos de gente importante entre ellos.

—Pero, alguien puede hablar.

—Sí, es posible que alguien hable, pero de ser cierto ese tráfico ilegal de cadáveres, los culpables han tenido tiempo de taparlo todo. Ha sido una buena jugada la de poner órganos de animales en los frascos. El Herald va a perder tanto crédito que no me extrañaría que cuando llegara a la redacción ya le tuvieran preparado el hatillo. Su mesa despacho ya estará siendo pulimentada por los antebrazos de su sucesor.

—Aún no, teniente. Podría...

—Si va a pedirme que oculte la noticia de que los órganos son de animales, lo siento. Puedo retrasarla, pero sus colegas saben ganarse la *pizza* de cada día y no tardarán ni dos horas en descubrirlo. En fin, me ha metido en un lío y ahora tengo a una joven herida de consideración, un cadáver y dos asesinos que andan sueltos sin poder ser reconocidos ni identificados. Y por otra parte, unos despojos de animales diversos.

—Entonces, tengo que darme prisa.

—Oiga, Karther, si se mete en un lío, yo...

—Tengo prisa, teniente.

Y se alejó apresuradamente.

Según el experimentado teniente Donaldson, de la Brigada de Homicidios, las horas de Dan Karther como periodista estaban contadas.

CAPÍTULO X

Con el tiempo contado pero sin demostrar apremio, Dan Karther penetró en las oficinas de «Cárnicas Warrone».

Llegó sin dificultades hasta el amplio y soberbio antedespacho del italonorteamericano, propietario del, al parecer, succulento negocio de triturar carne.

Carla, pese a que él caminaba sobre el suelo enmoquetado y mullido, levantó los ojos y le miró escrutante. Luego, rebulló su cuerpo en la cómoda butaca y terminó poniéndose en pie para mostrar sus líneas como haría un vendedor de Prêt-à-porter sacando un traje de una caja y desplegándolo para que el cliente pudiera constatar mucho mejor la calidad de la confección.

La rubia vestía un jersey con un largo y amplio escote triangular, cuya cúspide invertida se hallaba por debajo de la unión de sus pechos, apreciándose claramente que no usaba sujetadores. El jersey, por su parte inferior, terminaba justo donde las *panties* con puntillas.

—Uy, si es Karther, nada más y nada menos.

—Hola, preciosa. ¿Sigues pensando en arañarme los ojos?

—No soy rencorosa...

Apoyó sus manos sobre los hombros altos y recios de Dan, unos hombros que transmitían poder, y onduló sus caderas, amplias y redondas.

Se puso de puntillas y terminó besando los labios del hombre, sin violencia pero dando muestras de una gran experiencia y sabiduría. Evidentemente, Carla, en la vida sexual, podía ser graduada con la calificación de *Cum Laude*, aunque fuera de esta materia resultara una ignorante total.

Mas, Albert Warrone sabía muy bien por qué la había colocado

en el amplio y lujoso antedespacho, donde la mujer se movía como pez en un acuario meticulosamente pensado y decorado.

—¿Cómo te ha ido con la mosquita muerta?

—No puedo quejarme.

—No, si esas mosquitas muertas son las que terminan comiéndose a los peces más sabrosos. Convierten a los tiburones en simples besugos.

—Gracias por la halagadora opinión que tienes de mí.

—Bueno, no has terminado de completar la metamorfosis y todavía puedes volver a ser tiburón.

—Carla, tengo algo pendiente con Warrone.

—Qué fracaso, creí que venías a verme a mí.

—Por cierto, ¿sabes dónde está el Punto Cinco?

—¿Punto Cinco?

—Sí.

Carla se encogió de hombros con una naturalidad que estuvo lejos de desanimar a Karther.

—Algo sabrás, ¿no?

—Es que hay noventa y siete puntos.

Dan trató de aparentar naturalidad también, como si conociera gran parte de aquel tema de los Puntos numerados.

—Diablos, no creí que hubiera tantos.

—¿No te lo ha contado el viejo Warrone?

Dan, aprovechándose del disimulado interrogatorio, contestó:

—No, no me lo ha explicado.

—Pues sí, «Cárnicas Warrone» tiene noventa y siete puntos, claro que todos no tienen la misma importancia.

—¿Por qué?

—Depende del Estado en que se hallen y lo cerca o lejos que estén de la central. Cada punto tiene su sistema frigorífico, y algunos tienen matadero, trituradoras y envasadoras propias. Si están lejos de aquí, los representantes compran el ganado que es enviado a la factoría más próxima, de este modo se ahorran viajes.

—Ya, traer el ganado de un Estado lejano, triturar la carne aquí en la factoría central y luego reexpedir las hamburguesas congeladas, acarrearía un gran gasto de portes.

—Así es. Además, tantos Puntos extendidos por toda la geografía de la Unión hace que se puedan mantener los almacenes bien

preparados para realizar las distribuciones.

Dan Karther, que hasta aquel momento había ignorado lo que podía significar el Punto Cinco del que le hablara Glory Witside, sabía ya que en «Cárnicas Warrone». Punto significaba un almacén frigorífico o una sucursal.

Por consiguiente, Albert Warrone tenía algo que ver con lo sucedido a Glory y con la muerte de su amiga Dora; sin embargo, carecía de pruebas para echarle a la justicia encima.

—Me gustaría darle una sorpresa al viejo Warrone, pero para ello necesito saber dónde está Punto Cinco sin que se entere nadie.

—Pues sí que lo siento, pero el viejo es muy cerrado con esas cosas. Dice que la competencia no debe de enterarse de en qué lugares tiene distribuidos sus Puntos. El considera la distribución como el planteamiento de una batalla, toma a la nación como un gran tablero de ajedrez.

—Sí, ya me doy cuenta.

Carla, viendo en el rostro del periodista un gesto de preocupación, disgusto y casi resignación, le explicó en voz baja:

—Te puedo decir un secreto que yo he descubierto por casualidad.

—¿Serás tan buena chica conmigo?

—Si me prometes ser bueno conmigo cuando yo te lo pida...

Dan observó atentamente la cara de la joven rubia, preñada de picardía. Le acarició el cuello con la mirada y bajó por el escote. Prosiguió hasta terminar en las uñas de los pies, esmaltadas en color rosa salmón, menos una que estaba pintada de verde, Dan nunca averiguaría por qué.

—Ser bueno contigo no va a costarme ningún esfuerzo.

—Gracias, tiburón, y atiende. —Miró hacia el despacho del patrón, temerosa de ser descubierta revelando una intimidad, el secreto de la empresa en que estaba empleada—. Detrás de su mesa, el viejo tiene un gran mapa de Estados Unidos. No es un mapa normal, se lo hizo un artista y creo que le costó muchos dólares. El viejo Warrone es un hombre que sabe ganar los dólares, pero también los gasta a buen chorro.

—¿Están marcadas en ese mapa las ubicaciones de los Puntos?

—Sí, pero sólo pueden verse a través de unas gafas que el viejo tiene sobre su mesa escritorio. Son unas gafas que parecen de sol y

tienen montura de acero inoxidable. Lo descubrí por casualidad. Siempre me habían intrigado dichas gafas, pues estando en el despacho no las usaba y tampoco para salir a la calle.

»De modo que un día que él tuvo que marcharse precipitadamente al lavabo y yo me quedé sola en su despacho, me puse las gafas y miré alrededor. No se veía igual que con unas gafas de sol y de pronto descubrí que el mapa había cambiado. Me quité las gafas y volvió a cambiar...

—Vaya con el viejo, sí que lo lleva en secreto. Por cierto, tengo que hablarle y me estoy entreteniéndome pegado a tus atractivos.

—Hum, ya será menos. Quien ha tenido que besarte he sido yo.

Dan Karther ciñó a Carla por la parte alta de la cintura con sus dos manos a un tiempo, con los pulgares por delante y por debajo de las costillas, y los ocho dedos restantes estirándose con firmeza por la espalda.

Le hizo sentir su fuerza casi suspendiéndola en el aire. Presionó con los pulgares, la obligó a arquearse ligeramente hacia atrás y cubrió sus grandes y sensuales labios con los suyos.

Carla se relajó; sus ojos se cerraron involuntariamente y se sumergió en un mundo de formas variopintas, polícromas y músico-sonoras del que no había gozado con anterioridad.

—Ahora, dile al viejo que quiero verle.

—Otro —pidió ella con voz ahogada, sin abrir todavía los ojos.

—No, Carla; la moqueta es demasiado buena y tú podrías perder el empleo.

Ella ronroneó mientras regresaba a su mesa para encararse con el dictáfono.

—Eres un tonto, vas a pasar del cielo al infierno. El viejo está hoy de un humor de perros, no hay quien lo aguante. Hacía tiempo que no lo veía tan furioso.

—Da lo mismo, tengo que verlo.

Contra lo que esperaba Carla, Albert Warrone hizo pasar de inmediato a Dan, quien se encontró con la puerta acolchada en cuero corriéndose automáticamente ante él.

—Hola, Karther —saludó Warrone muy efusivo, abandonando su butaca y yendo a recibirle, lo que no era usual en él.

Mover su bamboleante y pesada humanidad, exponente abusivo del consumo de hamburguesas de su propio nombre, era una labor

casi heroica.

—Warrone, tenía que hablarle.

—¿Ah, sí? ¿Sobre el empleo que le ofrecí?

—Bueno, veinte «lechugas» al mes son muchas lechugas, incluso para el más ambicioso.

—Lo celebro. Creo que en usted tendré el mejor relaciones públicas que pueda encontrar.

Dan observó el gran mapa de Estados Unidos, pintado sobre una pared de yeso al fresco. Allí estaba amalgamada la precisión de un geógrafo y la habilidad de un artista, pero tal como le advirtiera Carla, a simple vista no se apreciaba nada extraño y al pasar con disimulo la mirada sobre la mesa escritorio, descubrió las falsas gafas de sol.

—¿No le extraña que le pida el empleo después del éxito que he tenido hoy en la primera página del Herald?

Ante aquella pregunta, descubrió una vacilación en Warrone; no obstante, el industrial carnicero aguantó como pudo la sonrisa enmarcada en las grandes y caídas mejillas con que estaba dotada su redonda cara.

—Pues, no caigo. ¿Éxito, dice?

—Sí, precisamente tiene el periódico en esa mesita.

Efectivamente, sobre una mesita baja, situada frente a tres butacas dispuestas en el despacho para conversaciones sosegadas, estaba el Herald tirado.

—No me había dado cuenta. La verdad es que me traen el periódico, pero prácticamente no tengo tiempo de leerlo.

—Pues es muy interesante, créame. Se ha tenido que triplicar la tirada.

Como súbitamente interesado, Albert Warrone fue hacia la mesita al tiempo que Dan observaba los tres teléfonos situados sobre la mesa despacho, además del dictáfono.

Se sentó en el borde del escritorio con naturalidad, casi con descaro. De los tres teléfonos, sólo uno carecía en el centro del disco giratorio del número que le correspondía; ello parecía indicar que aquél era el teléfono superprivado de Warrone.

Por ello, con las manos situadas a la espalda, mientras Warrone tomaba el periódico y comenzaba a leer la espectacular primera página, Dan medio descolgó el auricular.

Desenroscó la circunferencia correspondiente al oído, siempre expuesto a ser descubierto, e introdujo un miniemisor. Consiguió enroscarlo de nuevo cuando ya Warrone se le acercaba con gesto preocupado.

—¿Es cierto lo que ha publicado aquí?

—Yo afirmo que esto no es un cuento, por lo visto hay tipos dispuestos a denunciarme a la justicia por calumnia e infundio.

—¿Sí? —preguntó Warrone incrédulo, añadiendo después—: Si en este reportaje no hay nombres, ¿quién le va a denunciar?

—Trabe.

—¿Trabe? —repitió desconcertado.

—Sí, el que le vendió a usted el cadáver para que su hijo se divirtiera. Y usted también debería de enfurecerse.

—¿Yo?

—Sí. Usted regaló uno de esos cadáveres que menciono en el Herald a su hijito.

—Bueno, yo no tengo por qué verme involucrado en todo esto. Sólo hice que regalarle a mi hijo un cadáver congelado, me dijeron que era chino o algo por el estilo. Oiga, no se referirá todo esto a lo que ha hecho mi hijo con su material didáctico, ¿verdad?

—¿Usted qué cree?

—¿Trata de gastarme una broma pesada?

—No. ¿Puedo coger un cigarro?

—Sí, claro —asintió, evidenciando ya su malhumor. Se daba cuenta de que era difícil interrogar al periodista.

Dan Karther tomó un cigarro de la caja. Se lo llevó a la boca y mordió la punía que escupió sin contemplaciones, importándole poco que Warrone estuviera delante.

Sacó su mechero de acero inoxidable y, en aquel momento, tomó las gafas especiales. Estiró las varillas, colocándolas detrás del mechero y en aquel momento, encendió la llamita.

—¡Eh, son mis gafas! ¿Qué hace con ellas?

—Oh, disculpe, es que quería ver lo graduadas que están —repuso soltándolas sobre la mesa.

Warrone respiró más tranquilizado y Dan Karther guardó el encendedor metálico y algo grande en el bolsillo de su chaqueta. Después, se apartó de la mesa, dando la espalda al gran mapa.

—Warrone, la policía se ha interesado por mi reportaje.

—¿Y?

—Quiere saber cosas y según Trabe, el del almacén de taxidermia y material didáctico, no le vendió a usted ningún muerto.

—¿Cómo que no? Ya le mostré la factura.

—Sí, la factura sí, pero creo que allí no estipulaba a quién habían vendido el muerto y Trabe asegura que no vende cadáveres a particulares.

—Oiga, Karther, yo no quiero líos. Sólo hice un regalo a mi Stephen para que practicara. Es mejor que no mezcle el nombre de Warrone en todo esto.

—¿Y qué razón podría impulsarme a pasar un borrador por el archivo que tengo aquí dentro? —Con el índice se señaló el cerebro.

—Si sólo se trata de eso...

Warrone dio la vuelta a su mesa escritorio y sacó un talonario de cheques de un cajón.

—¿Qué va a hacer?

—Karther, ya he corrido mucho mundo y mucha vida. Yo le compré un regalito a mi hijo, la verdad es que fue a través de un intermediario; le doy un cheque y se olvida del nombre Warrone. ¿Cuál es su cifra?

—No me gustan según qué cheques.

—Entonces, arreglaremos el asunto con dinero corriente, aunque reunir una cantidad aceptable no es fácil. ¿Cuál es su cifra, cinco «lechugas»?

—No.

—¿Diez?

Dan movió la cabeza negativamente.

—Veinticinco y saldemos este asunto, no nos salgamos de madre. Sólo deseo que el nombre Warrone no quede involucrado en este lío que se ha empeñado en divulgar a la opinión pública. Después de todo, yo he comprado a un intermediario; a mí, la ley no me haría nada. Si hay algo ilegal en la cuestión, se lo cargará el intermediario.

—¿Y quién es el intermediario?

—Comprenderá... En fin, no lo recuerdo.

—Qué desmemoriado es usted, tan fácil que sería decir doctor Ohara.

—¡Yo no he pronunciado ningún nombre!

—No es necesario que lo haga, Warrone, lo sé. Trabe se fue de la lengua. Creo que voy a poner al descubierto un buen pastel, pero lo que más me interesa es encontrar la guinda que he de colocar en la cima de ese pastel que seguro huele a podrido. Buenos días, Warrone.

Dando por terminada la entrevista, Karther se alejó hacia la puerta que se abrió automáticamente.

El dedo de Warrone estuvo a punto de bloquear la salida, mas no lo hizo. Su rostro sudaba mientras el aire acondicionado ofrecía una temperatura y humedad perfectas al despacho.

CAPÍTULO XI

En su estudio, Dan Karther volvió a pasar la cinta de la grabadora magnetofónica que había llevado en su coche con un receptor incorporado, un aparato automático muy utilizado en el mundo del espionaje, tanto político como militar e industrial.

La nerviosa voz de Albert Warrone había quedado impresionada y ahora podía escucharse con bastante claridad.

—Karther ha estado aquí y creo que sabe bastante más de lo que ha publicado en el Herald.

—Estúpido, no des nombres —le increpó una voz sin identificar al otro lado del hilo telefónico.

—Está bien, pero el enano ha soltado la lengua.

—¿Estás seguro?

—Sí, por lo que ha dicho el periodista.

—Eso lo arreglaremos pronto, pero la culpa de todo este lío es tuya, Warrone.

—¿Mía? Si yo...

—¿Por qué tenías que regalarle el muerto a tu hijo?

—Es que siempre se está quejando de la falta de esa clase de material para hacer prácticas. A lo largo de la historia, siempre ha ocurrido igual en la Medicina.

—Ya lo sabemos, se han escrito muchos cuentos de terror con ese tema, pero este trabajo está ahora legalizado y tú has metido la pata, Warrone. EL exceso de amor hacia tu hijo te ha hecho cometer una torpeza.

—Se han cometido muchas torpezas y yo no tengo la culpa de todas. Di la voz de alarma cuando apareció Karther; me aseguraste que quedaría eliminado y no fue así.

—El tipo es listo, pero esta vez sufrirá un accidente

irremediable.

—¿Seguro que esta vez se irá al infierno? Lo dudo. Me dijiste que con cinco kilos de explosivo no quedarían de él ni las cenizas.

—Esta vez, el trabajo será efectivo. Estás hablando por la línea privada, ¿verdad?

—Sí, no temas, nadie puede oírnos. —Warrone suspiró—. Bien, si lo elimináis nos quitaremos un muerto muy molesto de encima.

—Antes lo interrogaremos a fondo para saber qué es lo que ha averiguado la policía.

—Ese periodista no soltará prenda. Debe de saber mucho y me temo que está preparando un chantaje muy fuerte, porque le he ofrecido veinticinco mil para que se olvidara de mi nombre, asegurándole que sólo había sido una estupidez por mi parte para complacer a mi hijo, y lo ha rechazado.

—¿Ha ido a verte la policía?

—No.

—Debes de ausentarte como el que no quiere la cosa. Que no te sigan, toma todas las precauciones.

—¿Y adónde voy?

—A Punto Cinco.

Se produjo un ligero temblor en la voz de Albert Warrone.

—¿Para qué?

—Llevaremos al periodista allí para interrogarle. De este modo, antes de eliminarlo, sabremos a qué atenernos. Por el momento, detendremos las ventas.

—Pero, los extranjeros han hecho pedidos sustanciosos.

—Tendrán que esperar. Después de todo, ellos también son revendedores del género para sus respectivos países. Ahora, hay que permanecer quietecitos para ver en qué acaba todo el lío que has organizado con el regalito a tu hijo. De momento, la opinión pública está excitada, debemos de dejar pasar un tiempo hasta que las aguas se remansen. No habría pasado nada de ser descubierto el cadáver en la facultad o en cualquier clínica, pero en un cottage, para que unos estudiantes se lo pasen bien, es demasiado. Ese periodista ha sabido estrujar el asunto. La gente puede tolerar el estudio, mas no la diversión con los muertos.

—¡Es que mi hijo pretendía estudiar, no divertirse!

—Gracias al artículo del Herald, la opinión pública no se lo ha

tomado en esa forma.

—Maldita sea... Es que mi Stephen, por lo visto, invitó a unos amigos y una de las chicas salió imbécil.

—El asunto de la fotografía de los botes de cristal ya está arreglado. Pronto, todos los periódicos de la nación se reirán del Herald. Las conciencias burguesas se tranquilizarán y en cuanto a la chica, ha recibido lo suyo. Después de todo, ahora no puede demostrar nada.

—¿Seguro?

—Sí, ya lo comprobarás. Ahora, ponte en camino, ya hemos charlado demasiado.

—¿Estarás tú también en Punto Cinco?

Albert Warrone no obtuvo respuesta; su interlocutor había colgado ya el teléfono.

Dan Karther detuvo el pase de la cinta magnetofónica y permaneció un buen rato pensativo.

Se acercó a una mesa donde tenía listo un proyector de diapositivas para especialistas y lo encendió.

En la pantalla, situada a tres metros de distancia, quedó proyectado un mapa de Estados Unidos. Aquella fotografía en positivo la había tomado con la cámara camuflada dentro de su encendedor.

Aparecían bastante claros unos puntos en el mapa, con unas numeraciones junto a cada uno de ellos.

Aquello no podía verse en el mapa a simple vista, pero Dan, tras la confesión de Carla, había tomado la precaución de colocar uno de los vidrios de las gafas especiales de Warrone frente al minúsculo objetivo de la micro-cámara de fotografiar, sin que Warrone se percatara de ello.

Warrone había cometido la torpeza de tomarle por un simple periodista cuando Karther había sido entrenado concienzudamente en los campus de la CIA y estaba muy preparado para obtener información, por difícil que se lo pusieran.

Fue ampliando paulatinamente el mapa en el sector en que descubriera el número cinco hasta que apareció el nombre de la población.

—Atascadero Ville, California, en la carretera 101, que une San Francisco con Los Angeles... —dijo en voz alta, para sí—. Un lugar

magnífico para lo que pretenden.

Tomó un cigarrillo y le prendió fuego. Sacó una agenda y disco un número telefónico. Al poco, hablaba con Glory Witside.

—¿Cómo estás, preciosa?

—¡Dan!

—Te llamaba para saber si te encuentras bien.

—Me siento como si me hubiera tirado de un avión olvidándome el paracaídas, algo chafada.

—Bueno, eso se pasará.

—A Dora no.

—A Kiwo tampoco.

—Es cierto. Tú no tienes culpa de nada; después de todo, fui yo quien te metió en esto.

—Tú descubriste casualmente un cabo de la madeja, yo estoy jalando fuerte para sacarlo todo a la luz.

—Dan, son asesinos. Déjalo todo en manos de la policía.

—Escúchame bien, Glory, vas a hacerme un favor.

—¿Un favor? —La voz de Glory sonó sorprendida.

Dan Karther se imaginó el rostro femenino, con el ojo amoratado y varios esparadrapos cubriéndole las magulladuras.

—Escucha con atención...

Media hora más tarde, Dan Karther avanzaba pensativo por la calle. Entró en la redacción del Herald y se encontró con caras muy hoscas.

—El boss te espera —le dijo uno de sus compañeros.

Muchos le miraron hostiles y otros, con lástima. Toda la redacción se detuvo al pasar él; incluso, las máquinas de escribir dejaron de teclear.

Entró en el despacho del jefe de redacción sin llamar. Allí también estaba el director-gerente.

—Hola, Karther. ¿Sabes quién acaba de llamar?

—Supongo que algún bocazas —repuso tomando asiento en la mesa.

El director-gerente explicó:

—Ha sido el presidente del consejo de accionistas de la empresa. Pide tu cabeza.

—Al parecer hay mucha gente que está pidiendo lo mismo.

—No ha lugar a ironías, Karther —le cortó el jefe de redacción

—. Todo el mundillo periodístico conoce la noticia de nuestra «colada». Los órganos, las vísceras que tú fotografiaste, pertenecían a animales y tú los has presentado como humanos. Las máquinas de los periódicos de la competencia están trabajando a pleno rendimiento para dejarnos en ridículo. Hemos perdido el crédito y hemos pasado a convertirnos en vulgares sensacionalistas carentes de prestigio.

—Tú autorizaste la publicación en primera página —puntualizó Karther.

—Bajo tu responsabilidad, porque me juraste que era cierto. Siempre te he tenido en gran respeto, Karther, lo siento.

El director-gerente dio en aquel momento la orden de fuego.

—Puedes pasar por caja, estás despedido.

—No esperaba menos. Les felicito por su decisión.

Se dirigió hacia la puerta. El redactor-jefe le interpeló.

—Dan...

Karther se volvió.

—No es nada personal —dijo en tono de disculpa—. Además, parece que esperabas esto, ¿verdad?

—En cierto modo, sí, pero sólo en cierto modo. Siempre he creído que cuando no se es capaz de perdonar un error no hay amistad. No es que me queje, pero trabajar en un periódico, como en muchos lugares de la vida, es como estar en la guerra: un fallo y caes, eso es lo normal. La excepción es encontrar a un amigo.

Abandonó el despacho y poco después, en medio de la hostilidad general de los que hasta entonces creyera sus compañeros, salió a la calle.

Caminó unos pasos, sintiendo la necesidad de fumarse un cigarrillo, cuando un auto-taxi se detuvo junto a la acera.

Se abrió la portezuela y apareció el rostro de Andrea Uñara, la compañera de estudios de Glory Witside.

—¡Karther, Karther! —le llamó.

—Ah, eres tú.

—Sí, Andrea. He venido a buscarte, Glory se encuentra mal.

—No sabía nada —respondió con naturalidad.

—Vamos, sube, te llevaré conmigo.

Dan pasó al interior del auto cuando el chófer se volvió hacia él. Empuñaba ya una pistola de dardos cuyo gatillo jaló.

Karther sintió la punzada del dardo que se clavó en su pecho. Sin quitarse el cigarrillo de los labios dijo:

—Me estaré quietecito y así dormiré antes.

Andrea le miró perpleja. Dan bostezó y no trató de gritar ni defenderse.

Sin asomo de dolor en su rostro, más bien con un gesto que podía ser resignación, sarcasmo y escepticismo ante todo, se sumió en el mundo de los sueños.

—Vamos, arranca, estúpido —ordenó Andrea al chófer.

El falso

auto-taxi

desapareció rápidamente rodando sobre el asfalto de la gran ciudad, llevándose a Dan Karther y con él, en sus bolsillos la última paga del Herald.

CAPÍTULO XII

Se dio cuenta de que todo el cuerpo le dolía, pero especialmente los brazos. Era como si hubieran introducido en ellos un cable eléctrico por el que estuvieran haciendo pasar una corriente de diez mil voltios, por lo menos así le pareció a Dan Karther por el martirio que suponía aguantar aquello.

Sin abrir los ojos, quiso tomar conciencia de lo que le sucedía.

Oía rumor de voces, mas no entendía nada. Notó frío, mucho frío en su cuerpo. El aire que le rodeaba estaba helado y pensó que debía de estar desnudo. Movi6 las piernas y, pese al intenso frío, comprobó que aún llevaba pantalones.

—Eh, se mueve —exclamó alguien.

—Despejadlo —ordenó otra voz autoritaria que, de pronto a Dan le arrancó totalmente de su inconsciencia. Aquella vez la tenía grabada en la cinta magnetofónica.

Antes de que pudiera abrir los ojos, recibió una impresión sumamente desagradable.

Alguien le arrojó encima un cubo de agua casi helada; ello habría resultado estimulante en otro lugar donde hiciera mucho calor, pero allí le estremeció de pies a cabeza.

Abrió los párpados y miró frente a él, con las cejas y las pestañas chorreándole agua gélida. Al respirar, se veía el vapor que escapaba por su boca.

Tras el grupo de personas que tenía delante, multitud de reses abiertas en canal colgaban de ganchos de acero asidos a robustas guías sujetas a los techos. Aquellos ganchos eran corredizos, para trasladar los grandes pesos de carne hacia su lugar de destino.

Allí pudo ver a hombres que ya conocía; a otros no los había visto nunca.

Dan Karther se sentía un pedazo de carne más dentro de aquel enorme almacén frigorífico. Tenía las manos sólidamente atadas con una cuerda, y dicha cuerda pasaba por uno de los ganchos.

El cuerpo del periodista colgaba aplomado, y ello explicaba él intenso dolor de sus brazos y muñecas. Sus pies desnudos no llegaban al suelo, estaban un par de palmos por encima del mismo, unos pies desnudos, lo mismo que su torso.

—Vaya, si están los tres acompañados de sus sicarios... Warrone, el catedrático Ohara con su enorme prestigio y el enano Trabe.

Albert Warrone barbotó:

—Ya ve lo que le ha pasado por meter las narices excesivamente donde no le importa.

—Además, de una forma estúpida, porque todos los periódicos de la ciudad aseguran que su artículo fue un fraude. Se ha demostrado que todo eran vísceras de animales.

—Un buen trabajo de su parte, doctor Ohara. Warrone, que conocía todos los hechos de su hijo, no supo arreglar el asunto. Hacía falta un tipo listo como usted, el jefe de esta organización clandestina que absorbe a inmigrantes clandestinos vietnamitas para luego asesinarlos y transformarlos en material didáctico, primero para Estados Unidos y luego para venderlos por todo el mundo.

Todos, sin excepción, le miraron con curiosidad y asombro.

—¿Cómo sabe tanto, como ha averiguado tantas cosas? —Las preguntas las había formulado el enano, que añadió—: Ya sabía yo que este tipo podía ser peligroso. Se lo comuniqué enseguida, doctor Ohara.

—Pero, de nada va a servirle —se apresuró a decir Albert Warrone.

—¿Qué piensa hacer ahora, meterme en una trituradora para que pueda ser tomado como simple hamburguesa en cualquier motel de carretera? Porque a mí no pueden transformarme en material didáctico.

—¿Por qué no? —preguntó Warrone.

—Warrone, usted es el más estúpido del grupo.

—¿Cómo se atreve a insultarme? ¡Lo va a pagar muy caro! —barbotó Warrone enrojeciendo, aunque su rostro resultaba muy sanguíneo de su natural.

—Yo no tengo nada que perder, por eso puedo hablar. —Dan Karther, que tenía una idea completa de la situación, comenzó a poner en marcha su juego, cuya finalidad era tratar de salvar su vida—. Warrone, a usted le interesa mucho que me trituren pronto, claro que si me salva el pellejo, me callo. Si estuviéramos a solas, no lo diría delante de los demás, comprometiéndole.

—¿Comprometiéndome? ¡Qué cínico! —Se volvió hacia un empleado del frigorífico, cómplice en todo aquel repugnante negocio, y ordenó:— Ve a poner en marcha la trituradora.

El empleado, que usaba bata blanca, se alejó despacio, haciendo sonar sus pasos dentro del almacén frigorífico, donde un hombre, en las condiciones en que se hallaba Karther, si no salía muerto saldría con pulmonía.

—Explíquese, Karther —le interrogó Ohara—. ¿Qué es lo que puede decir para salvar su pellejo?

—Pues, toda la verdad, a cambio de que me saquen de aquí. Seré buen chico y no les pasaré factura por la pulmonía.

Ohara frunció el ceño. Miró a Warrone, que comenzó a dar muestras de inquietud, y preguntó de nuevo:

—¿Qué verdad es ésta?

—Bueno, no es ningún secreto que Warrone quería comprarme.

—Eso ya lo sé, continúe —apremió el catedrático en Medicina, que parecía el jefe de todo aquel sucio negocio.

—Warrone se dio cuenta de que había cometido una torpeza regalándole el cadáver a su hijo y preparó la factura de Trabe Taxidermy para legalizar el asunto. Por su parte, Trabe decía que él no podía vender a un particular; seguramente tiene una licencia oficial de importación de cadáveres de Asia para su uso didáctico y exclusivo en facultades de Medicina, pero con una entrada de material muy reducida y controlada.

»Warrone le pidió el cadáver y Trabe le puso inconvenientes. Entonces, Warrone vino aquí a Punto Cinco, California, Atascadero Ville, y empaquetó uno de los cadáveres para satisfacer el capricho de su idolatrado hijo Stephen. Una vez consumado el hecho, exigió una factura a Trabe que éste le extendió a regañadientes.

—¡Eh, no iréis a creerle, yo no le he dicho todo eso! —protestó Albert Warrone, encarándose con el médico que a su vez sentenció:

—Sin embargo, ha dicho la verdad. ¿Y quién ha podido

informarle de que nuestro lugar de operaciones radica en Punto Cinco y además en el lugar preciso de California?

—No lo sé, pero esta clase de tipos son muy listos —tartajeó Warrone, viendo que las cosas se le ponían mal por culpa de las declaraciones de Karther.

—¿Quién le ha informado, Karther? —interpeló Ohara directamente.

—¿Me salvan la piel o no?

—Depende de lo que diga —repuso el galeno.

—El pacto no es de lo mejorcito, pero como no me queda otra solución, debo aceptar. —Karther tosió ligeramente y se estremeció, colgado como una res más—. Warrone me dijo que usted controlaba este negocio de los inmigrantes clandestinos, asesinados y luego transformados en material didáctico, pero cuando su hijo Stephen fuera médico, el negocio lo llevaría por su cuenta. Me ofreció un puesto para trabajar con él si me callaba. Me daba veinte «lechugas» como él dice, veinte mil dólares al mes.

—¡Por la Madonna, yo no he dicho nunca eso! —explotó Warrone, tomando algunas palabras de la lengua que había mamado.

—Pues parece que todo concuerda —observó el médico con cara fúnebre.

El enano Trabe, por su parte, masculló:

—En lo que respecta a mí, es cierto lo que dice el periodista. Yo no le di el cadáver congelado a Warrone, pero luego sí me pidió la factura.

—Warrone me dijo que ya le cargaría toda la culpa de este lío al enano —prosiguió Karther—. Luego, me mostró su poder, explicándome que en realidad, este negocio lo hacía de más a más. Me enseñó el mapa de su despacho...

—¡No es cierto, no es cierto! —gritaba Warrone.

Pero Dan Karther continuaba con su plan de dividir para tratar de vencer.

—Vamos, Warrone, no mienta ahora, no va a servirle de nada, yo estoy salvando mi piel. El mapa es secreto, sólo puede mirarse con atención a través de sus gafas de infrarrojos. Si no llega a ser por el doctor Ohara, yo no estaría aquí colgado, pero ahora ya está todo al descubierto. A mí no se me puede convertir en material

didáctico porque para este asunto, por sentimientos de raza en el mundo occidental, no se tolera que el muerto sea blanco, salvo que sea autóctono del lugar, no para la compra y venta, para eso es preferible que sea asiático. Usted, Warrone, hubiera deseado eliminarme antes de que despertara, pero no le habrán dejado hacerlo.

«Usted me aseguró que no había tenido nada que ver con la muerte de la estudiante de pintura ni la paliza que recibió Glory Witside, que había sido cosa del doctor Ohara, pero me temo, Warrone, que ahora le ha tocado perder a usted, porque si pensaba esperar a que su hijo fuera médico para liquidar a Ohara, él puede ahora barrerle a usted y poner en su puesto a Stephen que, después de todo, es el heredero legal de “Cárnicas Warrone”».

Ante aquella proposición de quitarle de en medio, Albert Warrone se asustó.

En aquel momento, escapó un rumor sordo de maquinaria. Al fondo del almacén frigorífico había una compuerta por la que se echaba la carne que pasaba directamente a la trituradora.

—¡No le hagáis caso, es un coyote, se las sabe todas, sólo trata de eliminarme!

—Pues su opinión no es ninguna estupidez, Warrone —silabeó Ohara—. Muerto tú, hereda tu hijo.

Warrone se puso rojo como la grana. Luego, escupió:

—¡Mi hijo no aceptaría jamás una cosa así, no seguiría el juego de los asesinos de su padre!

—Le explicaremos que has sufrido un accidente, Warrone. Has cometido demasiadas estupideces, mientras que yo pienso en todo. Mi hija está afuera en el coche con tu hijo; supongo que estarán pelando la pava y haciendo proyectos para el futuro.

—¡Noooo!

Echó a correr pero, de inmediato, fue perseguido por los dos sicarios que habían asesinado a Dora y golpeado a Glory.

Lo atraparon antes de que llegara a la puerta del fondo.

Albert Warrone, chillando como un cerdo que va a ser degollado, recorrió a rastras el camino hasta la boca que daba acceso del frigorífico a la trituradora.

—Que se triture sólo un poco, que quede reconocible para presentarlo como un accidente —ordenó el doctor Ohara.

Albert Warrone, incapaz de articular palabras, gritaba desafortunadamente. Trabe dijo:

—Será mejor que observemos el trabajo de cerca, habrá que presentárselo a su hijo como un desgraciado accidente.

—Sí, vamos —aceptó Ohara, acompañándole.

Apenas le dieron la espalda, Dan Karther se balanceó hasta encorvarse hacia arriba.

Haciendo gala de la flexibilidad y fuerza de sus músculos, consiguió elevarse por encima de la viga. Estiró la cuerda, la sacó del gancho y luego saltó.

—¡Eh, que se escapa! —gritó el enano, volviéndose al oír el ruido.

El doctor Ohara sacó una pistola cuando el grito de Warrone se hacía más espeluznante al desaparecer por la boca de la trituradora.

Se escucharon las detonaciones, pero Karther ya se había protegido entre las reses que colgaban abiertas en canal.

—¡Parad la máquina, que no se triture del todo! —gritó el galeno.

Dan corrió hacia la puerta cuando ésta se abrió violentamente, irrumpiendo por ella un grupo de policías armados al frente del cual iban tres tenientes, uno estatal, otro local y también estaba allí el teniente Donaldson.

—¡Karther! ¿Se encuentra bien?

—¡No pierdan el tiempo, dentro están ellos! ¡Gracias a Dios que han llegado oportunamente!

El doctor Ohara fue abatido a balazos. El enano Trabe se rindió y otro de los sicarios también murió acribillado.

El almacén frigorífico (donde más tarde se descubrirían setenta y cinco cadáveres de vietnamitas muertos desangrados, con formol en sus venas y debidamente empaquetados) olió a pólvora.

Una hora, más tarde, Dan Karther se duchaba con agua caliente entre estornudo y estornudo.

El teniente Donaldson, que a través de una ventana vio cómo se llevaban a los detenidos, incluidos Andrea y Stephen, le dijo:

—Después de esto, en el Herald estarán esperándole con los brazos abiertos.

—Sí, pero no volveré. Haré un reportaje de todo este caso y lo venderé al mejor postor. En adelante, no confiaré más que en mí

mismo, seré un reportero libre. De este modo, no estaré expuesto a que me despidan. Escribiré lo que me de la gana y el que quiera publicarlo, que lo pague.

—Después de lo que han publicado los periódicos sobre usted, tiene razón de tomar esta decisión. Va a ganar mucho dinero con este reportaje en exclusiva en el que ha tenido que jugarse la vida para descubrir el sucio negocio de los cadáveres a go-go.

Por cierto, su amiguita Glory me pidió que me preocupara mucho por usted.

Karther salió de la ducha y dijo:

—Voy a ir volando al hospital, soy yo quien debe preocuparse de ella. Es lo único limpio y hermoso que he encontrado en este caso. Me voy a pegar a sus sábanas y ni el doctor ni nadie me va a sacar de allí.

—Creo que la chica está deseando con toda el alma que usted se pegue a sus sábanas, pero me temo que ni uno ni otro se van a separar aunque ella se reponga de la paliza. —Sonrió benévolo y alzando los dedos índice y corazón, le deseó—: Suerte, se la merecen.

Mientras se vestía, Karther vio alejarse al teniente Donaldson, el cual volvió la cabeza al oír un estruendoso estornudo tras de sí.

—Cúrese, o en el hospital lo van a instalar en otra habitación. Y se alejó riendo.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.